QUAD. PREH. ARQ. CAST. 29, 2011

De la caverna al lugar fortificado: una mirada a la edad del bronce en el territorio Astur-Cantábro

Miguel Ángel de Blas*

Resumen

Sin una previa edad del cobre nítidamente materializada, la evolución y peculiaridades de la edad del bronce en Asturias y Cantabria se nos ofrecen marcadas por su ubicación periférica y el peso de la convulsa orografía de un territorio articulado entre la montaña y el océano. Un poblamiento poco cuantioso, disperso y apenas nucleado, determina la difícil visibilidad arqueológica, sustanciada en muchos casos por escuetos indicios de hábitats cavernarios de tradición milenaria. Será la metalurgia del cobre el cauce informativo esencial, en particular durante el bronce antiguo, aunque la naturaleza, cantidad y diversidad de los hallazgos dibuje nítidas diferencias territoriales. La presencia de importantes explotaciones mineras (sierras de El Aramo y El Milagro), bien documentadas, no es ajena a esas situaciones aisimétricas, destacando el predominio de los productos metálicos en el ámbito determinado por el interfluvio Nalón-Besaya, donde los criaderos de cobre y los derivados del mismo se manifiestan con mayor prodigalidad.

Las tradiciones y relaciones de continuidad cultural se expresan tanto en el escenario de los hallazgos como en la materialización de los mismos, enclaves como la roca de culto ancestral de Peña Tú (Asturias) o el complejo monumental de origen megalítico de Sejos (Cantabria) reflejan tanto el nexo con lo neolítico y la perduración de una cierta estructura del dominio territorial como las nuevas pautas culturales y el protagonismo de sus impulsores.

La revisión de las distintas opciones de subsistencia material vislumbradas y los procesos de cambio y resistencia a los mismos animan la lectura de desarrollos diferenciados, más acusados durante el bronce final, cuando el mayor dinamismo parece centrarse en el occidente de Asturias, el espacio hoy mejor investigado, donde, a partir del 800 aC como fecha de referencia, cristalizarían las formas más tempranas (las “acrópolis”) de los pueblos fortificados o castros, en un expresivo proceso de centralidad política.

Abstract

Without a clearly materialized prior Copper Age, the evolution and peculiarities of the Bronze Age in Asturias and Cantabria is marked by its peripheral location and the weight of the tumultuous terrain of a territory resting between the mountains and the ocean. A sparsely dispersed, barely nucleated population has determined its scant archaeological visibility, as substantiated in many cases by sketchy evidence of ancient cave habitats. Copper metallurgy constitutes the essential channel for information, particularly during the Early Bronze Age, although the nature, extent and diversity of the findings outline clear-cut regional differences. The presence of well-documented major mining works (the Aramo range and El Milagro) are consistent with such asymmetrical situations, highlighting the predominance of metal products in the space determined by the Nalón-Besaya watershed, where copper veins and copper derivatives occur more abundantly.

The traditions and relations of cultural continuity are expressed both in the setting of any such findings and in their realisation, enclaves like the ancestral stone idol of Peña Tú (Asturias) and the monumental complex of megalithic origin in Sejos (Cantabria) reflect both the link with the Neolithic and the persistence of a certain structure in the territorial domain as well as its new cultural patterns and the role of their promoters.

A review of the different examples of material remains espied and the processes of change and resistance to said processes encourage the interpretation of differentiated processes of development which were more pronounced during the Late Bronze Age, when Western Asturias appears to have been the epicentre of greater dynamism. This area is the most widely researched to date and, from the reference date of 800 BC onward, acted as the focal point for the earliest forms (the “acropolises”) of fortified villages or hill forts in a process representative of political centrality.

* Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Oviedo. <deblas@uniovi.es>

Es una breve y certera apreciación geográfica que la península Ibérica reúne los contrastes ambientales de todo un continente. La misma diversidad se precisa en términos culturales. El espacio que dentro de la "España Húmeda" fue denominado por los geógrafos como específica Región Cantábrica (Solé Sabaris, 1969, 24), lo que ahora con la última división administrativa son las comunidades autónomas de Asturias y Cantabria, conoció, tras la paulatina implantación de la economía productiva y de la adaptación al modelo neolítico, una deriva histórica bien diferente de la de las regiones al sur de la cordillera cantábrica.

Las circunstancias que tipifican la edad del cobre en buena parte de la Península,- intensificación de la producción de alimentos, paralelo crecimiento de la población, aumento perceptible de los grupos sedentarizados, además de una patente nucleización de los hábitats en forma de poblado, y la conformación de formas de centralidad política-, son más ignotas que meramente raras en el territorio astur-cantábrico.

Es razonable que un clima húmedo y de insolación discreta, un relieve en el que no son muy extensos los suelos idóneos para el cultivo cerealístico, la dispersión demográfica propiciada por la abrumadora alternancia valle-montaña, dieran lugar a formas de vida arcaizantes y de tenue percepción arqueológica. De forma bien distinta, en la vecina submeseta norte es cada vez más cierto el contexto de los primeros beneficiarios del cobre, ya que los asentamientos calcolíticos se manifiestan inequívocamente. Los poblados zamoranos de las Pozas y el Pedroso, asimilable este último al modelo de los *castra* o *castella* portugueses, representan sólidos testimonios del nuevo ciclo cultural. Simultáneamente, en gran parte del sector sedimentario de la cuenca del Duero, en pequeñas aldeas, a menudo poco más que un mero grupo de cabañas enmarcadas por fosos anulares se iría incorporando la nueva de los primeros de metal (Delibes, Fernández, Herrán, 2005). La fisonomía epineolítica de esas aldeas, adscritas al distinguido como "Horizonte de Las Pozas", no parece aún demasiado alterada por el hecho de que alguno de sus habitantes supiera de los misterios metalúrgicos, estado de conocimiento del que dan fe tanto las pertinentes escorias, como los crisoles y los moldes para la producción de lingotes.

Con un panorama menos alentador, el término edad del cobre tiene en el tramo central cantábrico, el más montañoso de la alargada región oceánica, un valor básicamente clasificatorio. Tanto la práctica ausencia de las típicas elaboraciones alfareras calcolíticas como sus más peculiares forma de aparición, funerarias preferentemente, hacen que resulten tan ajenas como exóticas las muestras multiformes de las llamadas "civilizaciones campaniformes".

Las consideraciones precedentes apuntan a la naturaleza del registro arqueológico para la mayor parte de la edad del bronce en Asturias y Cantabria, milenio y medio en análisis, con la excepción de lo que ya se va sabiendo sobre la cristalización de centros políticos y hábitats fortificados en la madurez del bronce final, aunque todavía espacialmente limitado ese conocimiento al centro-occidente de Asturias.

Cualquier acercamiento pues a los siglos que se suceden en lo que sería cobre/bronce antiguo-pleno, *circa* 2200-1200 cal BC, no pasa de ser el intento de dotar de coherencia a una información ingratamente fragmentaria, en casos aislados brillante pero, en general, apenas expresiva. Frente a la nitidez de algunos elementos de la artesanía metalúrgica se alza la opacidad de tantos vagos indicios de la acción humana, yacentes en niveles cavernarios superficiales y revueltos y, como mayor lastre en ese empeño, la radical falta de poblados conocidos.

En fin, como relato ineludiblemente troceado, ofrecemos las páginas que siguen en las que la metalistería ilumina los tres escenarios en que obra desde sus balbuceos hasta la madurez del bronce final, depósitos u ocultaciones, sepulcros y ambientes de imprecisa residencia cavernaria.

LA MAYOR FRECUENCIA DE LA METALISTERÍA DE COBRE EN LA ASTURIAS CENTRAL Y EN LA PERIFERIA SEPTENTRIONAL DE LOS PICOS DE EUROPA

En el territorio de Asturias comprendido entre los ríos Nalón y Deva se registran, nunca de forma abrumadora, los productos de cobre más característicos y cuantiosos relativos al bronce antiguo de toda la extensa región ribereña del mar cantábrico. El repertorio no se circunscribe al número de testimonios, sino también a su excelencia técnica y a los modos dominantes en el consumo de metal (de Blas,1999).

Es ilustrativa, a este último respecto, la aparición de grandes hojas de hacha que con independencia de su expreso destino instrumental o de pompa, significan la inversión de una cantidad muy elevada de metal. Valgan como ejemplo una de Mieres, en la cuenca media del Nalón, de 23

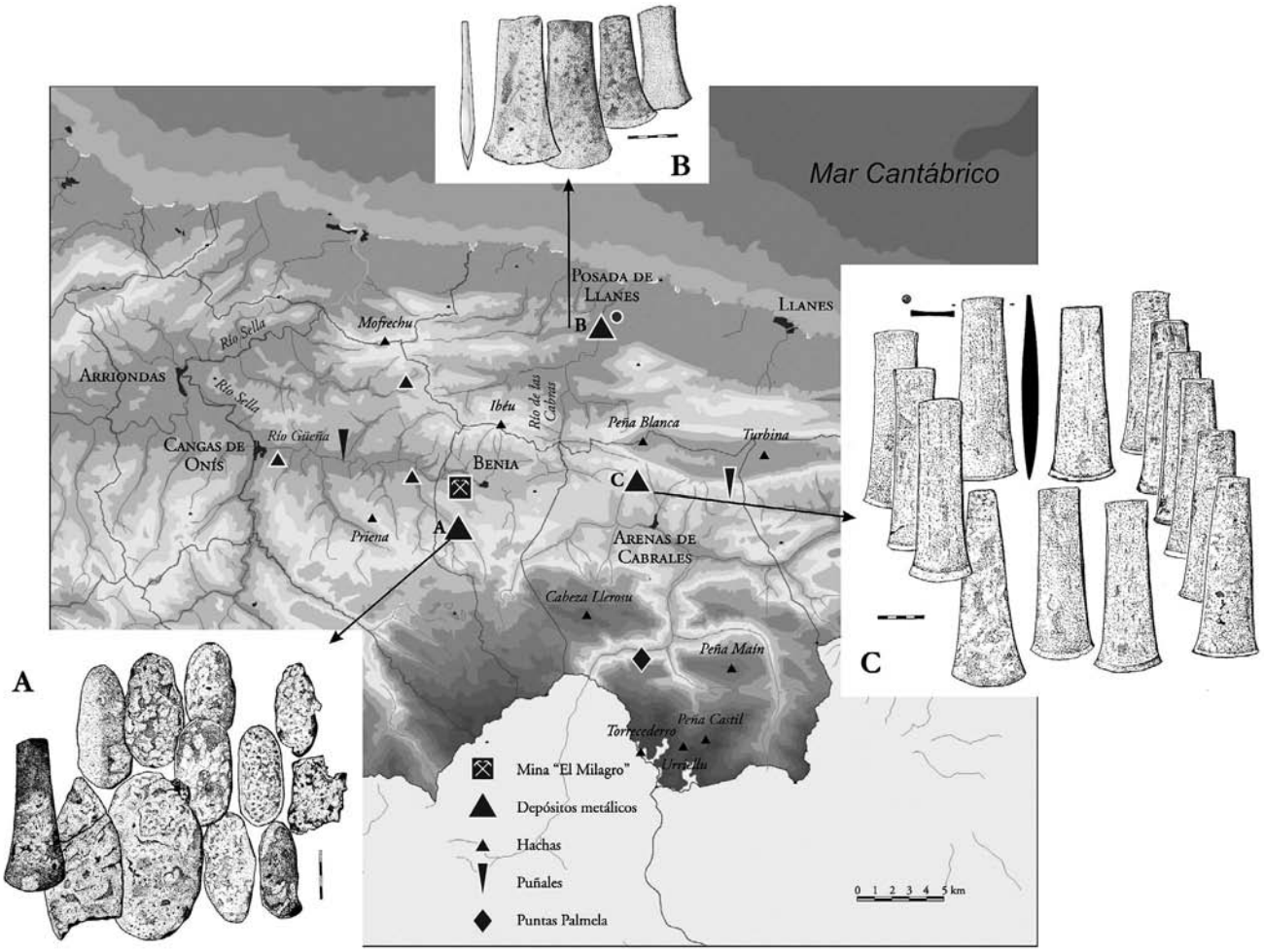

Figura 1. Situación de los depósitos y otros hallazgos metálicos del oriente de Asturias, al norte de los Picos de Europa (M.A. de Blas).

centímetros de longitud u otra, siempre inadvertida, de Moneo, probablemente Moncó, en Tineo, de unos 18 centímetros y 952 gramos de peso (Catalina, 1903, 39; de Blas, 1983, 125 y 126), ejemplar fundido en molde univalvo y de cobre casi puro (98 por ciento) - debo los datos relativos al quimismo de la pieza al profesor Almagro-Gorbea, Anticuario de la Real Academia de la Historia-. De forma bien distinta, un alta proporción de los artículos de cobre conocidos en Cantabria se circunscribe a pequeños puñalitos como uno de la Cueva del Juyo y los ligeros punzones de las cavernas de Las Monedas y El Castillo, o algunas puntas de flecha de aletas y corto pedúnculo, como las de las grutas de El Castillo y la Lastrilla, como si al progresar hacia el este se fuera haciendo escasa la disponibilidad del metal, en la medida en que son más lejanos los distritos mineros.

Será, en todo caso, al norte de los Picos de Europa donde se registren los mejores metales, manifestándose expresamente las señaladas grandes hojas, a partir de 15 centímetros de largo, entre las que cabría reseñar las de Tina Mayor y Puente La Maza cuya ubicación en el extremo oeste de la costa santanderina nos parece congruente con las idóneas condiciones de subsistencia y residencia que aquella comarca ofrece, comentario así mismo aplicable a otras como las de Guerañu y Capilla de Santa Cruz, en el concejo asturiano de Cangas de Onís.

Es también en la periferia de los Picos donde se testimonian los únicos depósitos metálicos seguros registrados en toda la región desde la metalurgia auroral hasta momentos avanzados y terminales de la antigua edad del bronce (Fig. 1). Son cada uno de ellos de distinta naturaleza material, lo que quizá trascienda a los motivos determinantes de su ocultación. En el más temprano de Gamonedo o Gamoneu (concejo de Onís) se sustancia la absoluta rareza de la reunión de una decena de

lingotes planoconvexos, consecuencia del fondo del crisol, junto con un hacha que formalmente se acerca a las debidas a la metalurgia temprana.

A su vez, el excepcional depósito de Asiego (de Blas, 1983, 122-126), constituido con certeza por catorce hojas de hacha de gran tamaño (entre 175 y 212 centímetros de longitud), habla del dominio técnico de sus autores y también de la costosa amortización de piezas a cuya elaborada fabricación se une un considerable consumo de metal, siendo 850 gramos el peso medio de todos los ejemplares integrantes del lote.

El tercer depósito, el más moderno, hallado junto a la Fuente de Frieras, en Llanes, reunía al menos cuatro (aunque probablemente fueran originalmente ocho) hachas planas broncíneas, con un peso conjunto de más de 2 kilogramos, asignables a mediados del segundo milenio.

Documentan las tres ocultaciones estadios diferentes en la biografía de los objetos y también distintas relaciones contextuales. La de Gamoneu, yacente en una rauda ladera de montaña (¿siendo acaso restos de crisoles, los trozos de algo parecido a "pedazos de teja" que los descubridores accidentales del depósito rechazaron?) ilustra las fases primeras del proceso metalúrgico, ofreciendo además los pequeños lingotes, de entre 130-200 gramos los menores, el detalle de cómo podía ser exportado el metal desde las zonas mineras. El de Asiego, según parece oculto en una cueva, con sus más de 11 kilogramos de peso compone un verdadero tesoro cuyas piezas bien acabadas, con el debido tratamiento postfundición, se encuentran intactas la mayoría, siendo mínimas las señales claras de empleo que sólo alguna presenta. El de la Fuente de Frieras, en claro contraste, reúne piezas morfológicamente dispares y con manifiestas huellas de uso que hablan de su vida instrumental antes de convertirse en posible ofrenda votiva a un singular manantial.

En fin, como simple expresión del gasto de metal, con los materiales de los tres depósitos se podrían haber confeccionado 38 buenas espadas como la tipificada, por ejemplo, por la conocida como Cuevallusa 1, de la que se tratará más adelante. Otras buenas hachas de la misma comarca vertebrada por Los Picos como las de Guerañu (780 gramos), Cangas de Onís (680 gramos) o Santianes (490 gramos), dibujan la mayor agrupación de metal de toda la región, circunstancia que parece indisociable de la disponibilidad de cuantiosos veneros de desigual entidad pero que en algún caso, como en lo que fue complejo minero de El Milagro explotado ya desde la segunda mitad del tercer milenio aC, aportaron una abundante provisión de carbonatos de cobre (de Blas, 2005-2006).

RIQUEZA Y BENEFICIO DE LOS VENEROS DE COBRE, LA POTENCIA TESTIMONIAL DE LAS MINAS DE LA SIERRA DEL ARAMO (*CIRCA* 2500-1500 CAL BC)

Si de la frecuencia de los criaderos de cobre y de su potencialidad en Los Picos, nos llegó el firme testimonio minero de El Milagro (de Blas, 2007-2008), en los grandes paquetes de caliza de montaña de la Asturias central se ubica el complejo minero de mayor extensión, abierto en las alturas de la sierra del Aramo. Aún en trance de investigación, de cuyos avances hay noticias recientes (de Blas, Suárez, 2010), la magnitud de los minados subterráneos, extendidos al socaire de las veleidades de la estructura filoniana y del sistema cárstico que la atraviesa, se cifra en casi un kilómetro y el volumen del mineral de cobre extraído no sería menos de 60 a 80 toneladas. La suma de los vestigios aún observables, desde las estructuras diferentes de la explotación, según los filones se encajen en la caliza o en la menos compacta dolomía, o según la vena metálica se extienda en fracturas tectónicas de evolución subhorizontal o en fuerte inclinación, permite recomponer el proceso extractivo, seguir su evolución en el tránsito de unas a otras áreas de enriquecimiento mineral y precisar el cambio en las técnicas de arranque seguidas según la consistencia de la roca donde los óxidos y carbonatos de cobre se encajan.

De modo sumario, en El Aramo (Fig. 2) se encuentran los restos multiformes de un extenso trabajo minero documentando las distintas facetas del mismo, desde un notable registro de los sistemas de movimiento y seguridad seguidos por los mineros (pilarcillos para el anclaje de cuerdas, presas para pies labradas en los muros…), hasta las técnicas de iluminación seguidas (entre otras el empleo de teas de tejo), o de ventilación de trabajos en los que fue usual en distintos talleres extractivos la técnica de caldas o arranque al fuego ("*fire setting*"). Del mismo modo, un variado instrumental en piedra (grandes percurtores, diversos tipos de mazas y martillos, además de cuñas, trituradores ergonómicos, etc.) permiten distinguir los modos de ataque a la roca mineralizada, o al igual que la diversidad de opciones que permite un abundante utillaje en asta de ciervo. El conocimiento del uso de pequeñas bateas de madera combinadas con determinados tipos de

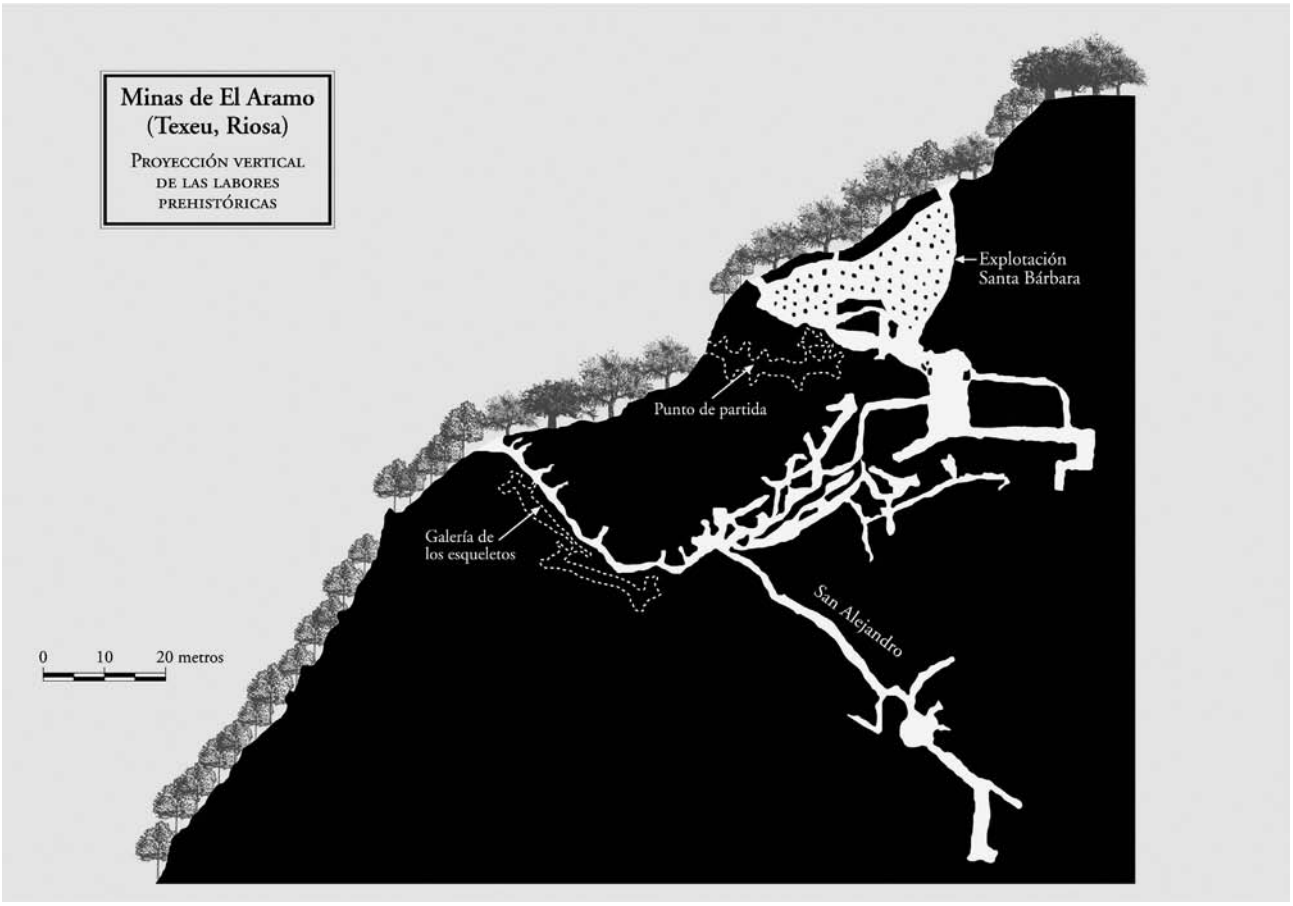

Figura 2. Representación sumaria, en proyección vertical, del complejo minero del Aramo, reelaborado a partir del plano de 1893 de A. Dory.

útiles de molienda hallados en las galerías permite, además, establecer el volumen de cada transporte de mineral desde las zonas en extracción hasta el, con frecuencia, lejano exterior, recorriendo un medio tan angosto como intrincado.

Las pautas de obtención del metal se conforman, por último, con la redución del mismo a boca mina en varias fases en la larga vida del complejo minero, espacio metalúrgico descubierto y excavado en los últimos años, certificando el hecho de que, con independencia de que una parte del mineral viajara hasta los valles y tierras bajas en forma de polvo o de menas muy trituradas, otra parte hubo de hacerlo ya en forma de lingotes.

En todo caso, una producción alta y prolongada de cobre sólo podría tener como objetivo la demanda suprarregional, en sentido amplio, desde el Noroeste y Castilla, sino más allá, incluso desde la fachada atlántica continental.

Un aspecto nada despreciable por su calado en la aproximación al universo ideológico de los mineros es la frecuencia de los cuerpos humanos, no accidentados, que se iban depositando en áreas ya vaciadas del complejo minero. Diversas razones que niegan lo aleatorio en esta ya detallada circunstancia post mortem, conducen al desvelamiento de una pauta ritual en la que la entrega de cadáveres hubo de constituir factor esencial en el pacto con el mundo subterráneo objeto de la codicia y expolio de los humanos (de Blas, 2010).

El final del largo ciclo minero hacia 1500/1400 aC coincide con el tiempo en que la metalistería del norte ibérico se había vuelto rutinaria, probable indicio de la autárquica reinante, explicable tanto en términos del agotamiento de los recursos de más fácil laboreo, como de la irrupción en el mercado de nuevos centros de producción de mineral (pensamos en las explotaciones galesas de Great Orme, como ejemplo). También pudo pesar la negativa incidencia, económicamente, de las alteraciones climáticas y la subsiguiente mengua del consumo de metal, a la vez, acaso, que un trasfondo de situaciones de crisis acentuadas, distantes pero desestabilizadoras (de Blas, 1999, 59) como el “colapso” sufrido desde los siglos XV y XIV aC por las civilizaciones del Egeo y las variaciones en el mercadeo a

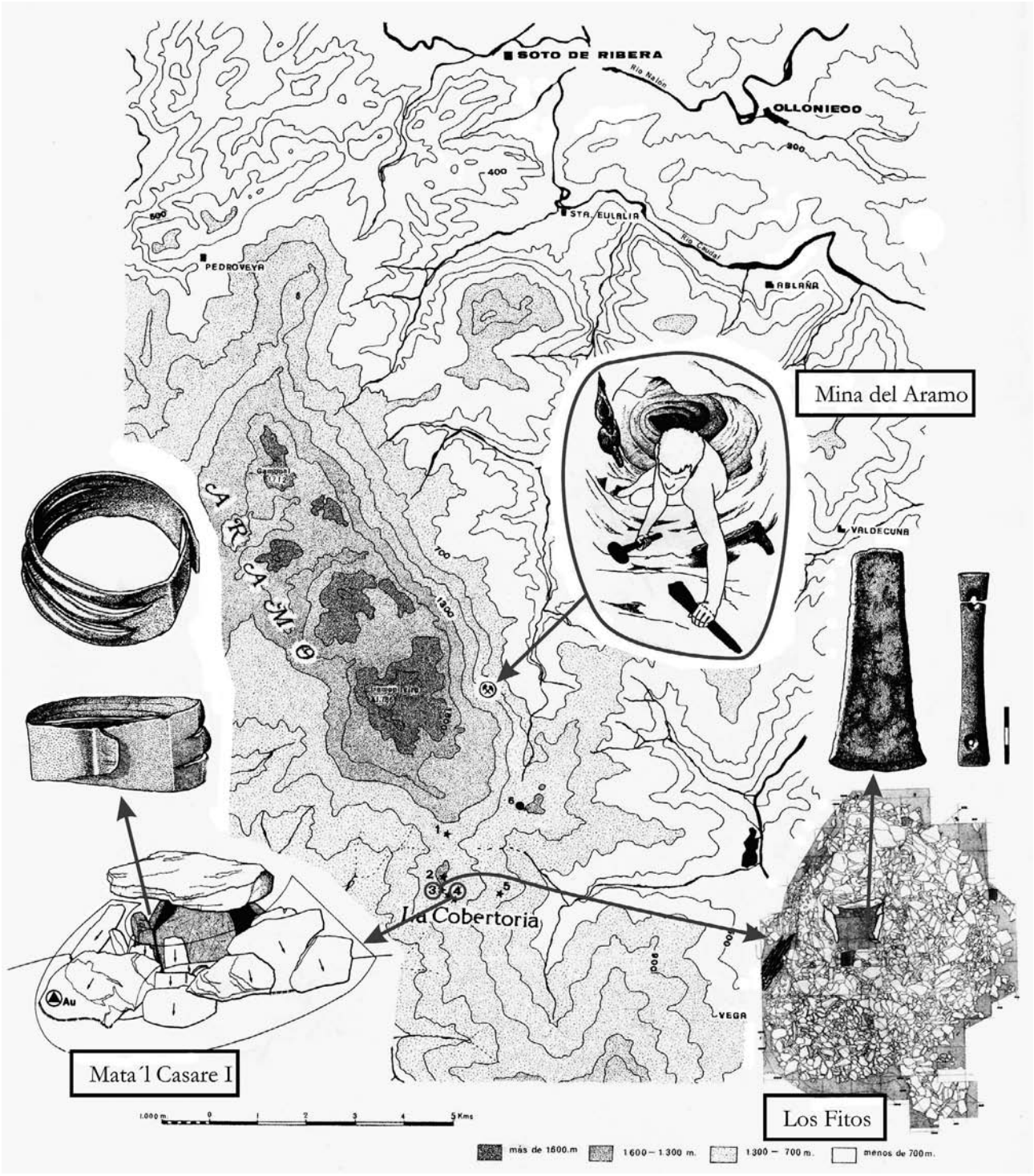

Figura 3. Cercanía espacial entre las minas de cobre de la sierra del Aramo y los sepulcros de la Mata´l Casare I y Los Fitos (conjunto de La Cobertoria, Astutrias central) (M. A. de Blas)

larga distancia del metal, potenciándose la alternativa de los recursos locales y chipriotas (Dickinson, 2010, 51-56).

LA PERCEPCIÓN DE PROTAGONISTAS SOCIALES EN LOS ALBORES DE LA EDAD DEL BRONCE, TUMBAS Y ORFEBRERÍA

Si el hallazgo de las piezas de cobre se inscribe en medios de una cierta diversidad, el de la orfebrería se limita a contextos sepulcrales. Una primera manifestación de esa tendencia se reconoce en un dolmen típico del Chao das Chaguas (Boal), en la cuenca del Navia, con un sencillo tubito de lámina de oro, avanzando una ubicación mejor documentada ya en una joya de mayor entidad, el anillo de la Matá l Casare I, en el reborde de la Sierra del Aramo (Fig. 3); una muestra de la creatividad orfebrística atlántica mejor ilustrada en Galicia y el oeste-noroeste. francés por el conjunto de los brazaletes y gargantillas de “tiras cortadas”. Pero más allá de esa demarcación geográfica junto con la cronocultural (de Blas, 1994), el dato de interés es la procedencia del citado anillo, de la cámara sepulcral de lo que, en principio, presenta los rasgos estructurales de un megalito convencional de cámara ortostática simple e inserta en un potente túmulo de bloques pétreos. La ausencia en aquel sepulcro,-erigido a 1220 metros de altitud y en el mismo ámbito monumental que otros ya datados a comienzos del IV milenio y de plena filiación neolítica-, de indicios firmes de su antigüedad plantea la incógnita de si, en realidad, nos hallamos ante un megalito convencional o ante una arquitectura que sobre el mismo patrón arquitectónico fuera erigida mucho más tarde, en los primeros episodios del bronce antiguo. De uno u otro modo, estaríamos, no obstante, ante un probable alegato del carácter especial de los muertos custodiados en un elaborado sepulcro, del difunto en posesión cierta dignidad o particulares prerrogativas.

Pocos metros más arriba, el túmulo del lugar de Los Fitos, en el mismo marco monumental de La Cobertoria, documenta ya con rotunda claridad, siendo aún *rara avis* en el cantábrico central, la tumba individual de cámara cistoide y orstotática soterrada por un túmulo regular de exclusiva composición pétrea (Fig. 3). Constituye por ello la clase de monumento que vendría a dar solvencia a la razonable idea de que las elites contaron con más probabilidades de que sus despojos alcanzaran la perennidad (Guilaine, 2009, 6) Un hacha plana broncínea, el primer bronce documentado en la región, y un brazal de arquero de excelente factura confeccionado con un compacto limolito, componen el ajuar de una inhumación que presumimos individual, en concordancia con las cistas del bronce antiguo de Galicia y norte de Portugal. Pero en este caso, la elaboración arquitectónica, a imitación del dolmen del Llagüezu, elevado a no muchos metros de distancia a comienzos del IV milenio, parece responder a la aceptación del prestigio ancestral que hubo de significar desde los primeros ciclos de la vida campesina el encumbrado paraje funerario. De la vieja tradición de aquel enclave montañoso habla también en los Fitos, a pocos metros del comentado túmulo, el alineamiento de piedras y gran hoguera en su centro, que al igual que los megalitos del mismo área habría sido realidad poco después del 4000. Las tumbas monumentales de la Mata´l Casare I y de los Fitos vendrían entonces a revelar la vigencia en el bronce antiguo del poder megalítico o, en otras palabras, de los poderes emergentes en ese episodio evolucionado (tal vez los controladores de las plusvalías de la producción de cobre del Aramo) que buscarían la legitimidad de su estatus en el inherente a los viejos megalitos; la confirmación del nuevo poder por su asociación con los antepasados a quienes todo se debe.

Por su parte, los discos de oro del occidente de Asturias, con su decoración repujada cruciforme y círculos a base de puntos en su periferia, es inevitable que recuerden a los más frecuentes ejemplares irlandeses, entre la primer orfebrística campaniforme, a menudo hallados por pares y de uso desconocido, si bien los orificios sugieran su fijación en ropas o pieles (Eogan, 1994, 13), pero de uno u otro modo piezas diagnósticas del estatus de su portador.

Sería ese el caso del par asturiano que aunque de contexto ignoto es verosímil que procedan de la tumba de algún personaje destacado de los albores de la edad del bronce, entre 2200 y 2000 aC. Es en tal ámbito fúnebre donde permanecieron hasta hoy ejemplares tan excepcionales en la península como las dos piezas laminares de oro y decoración repujada, catalogadas como “sortijas cubrededos” aparecidas en el túmulo burgalés de Tablada de Rudrón (Campillo, Cueva, 2004), joyas que tanto se asemejan al dúo de “pendientes en cesta” (*basket earrings*) del enterramiento central del túmulo 4 A de Barrow Hills, en el Oxfordshire, señalando el carácter exótico del testimonio burgalés, acento foráneo que también conviene a los discos asturianos. La vaga datación radiocarbónica del enterramiento campaniforme inglés, 2650-2000 cal BC (Barclay, Halpin, 1988, 154- 155 y 289, Tab.

9.6), no deja de ser orientadora para radicar el hallazgo burgalés y los discos astures en un contexto muy temprano del bronce antiguo.

Como fenómeno menos conocido, el de la expresa ocultación de piezas áureas cuenta con un probable referente regional, el hallazgo en Palacio (Grado, Asturias) en 1550 de varias láminas de oro. Del documento que relata el descubrimiento se puede desprender la presencia de una pieza cercana a las de bandas con perforaciones en los extremos, propias del calcolítico/bronce antiguo. Mientras que, de nuevo de contexto fúnebre, en un túmulo hoy desconocido de Sarzol (Allande) fue hallada en 1841 una *cinta de oro fino* entonces valorada en 12 duros, precio considerable que, traducido a una referencia monetaria de uso común en la época, se cifra en 240 reales, cuando el jornal promedio en Galicia era de 4 o 5 reales (de Blas, Joaco, 2001).

El caso de Sarzol, expolio del que hay memoria, insiste en la relación entre joyas áureas y tumbas y, subsecuentemente, en la calidad selectiva, no genérica, de los entierros en sepulcros elaborados, o al menos de cierta monumentalidad, y en la notoriedad de ciertos difuntos.

TESTIMONIOS ESCENOGRÁFICOS DEL PODER, LA REPRESENTACIÓN DE ANTROPOMORFOS ARMADOS EN ROCAS Y EN ESTELAS

Un rasgo particular de la región, pese a un corto aunque expresivo cómputo de testimonios cuyo elemento más característico sería el petroglifo de Peña Tú, en la costa de Llanes, es la representación de algunos iconos esteliformes junto con la versión esquemática de lo que pudiera ser el puñal-espada campaniforme, arma de hoja larga que de acuerdo con la revisión cronológica de los ejemplares contextualizados británicos y armoricanos estarían en uso entre 2200 y 1900 aC (Needham, 2000).

Datables pues como término de referencia alrededor del 2000 aC se acomodan estas representaciones con un genérico patrón iconográfico que, desde Crimea y Ucrania hasta la península Ibérica, declara a lo largo del tercer milenio fórmulas iconográficas cuya exégesis viene oscilando entre la expresión de la preeminencia de algunos personajes,- la perspectiva terrenal-, o la de alguna clase de divinidad de frecuente atribución masculina.

El caso de Peña Tú (Fig. 4), lo que entendemos como fase tercera en la historia del monumento con el antropomorfo de profundo grabado y pintura roja y el puñal propio del bronce antiguo, podrían fundirse la dimensión socio-política con el poder suprahumano, en una operación de admisible naturaleza religiosa. El primer aspecto se compadecería con la exaltación de algún individuo, o acaso un determinado grupo social, acogiéndose al prestigio multimilenario de una roca sagrada, zoomórfica, en cuyas paredes (fase II) ya se habían fijado algunas pinturas esquemáticas, sin duda relacionadas con la potente concentración en sus inmediaciones, desde el neolítico, de dólmenes y túmulos. Esa concentración de grandes tumbas, la mayor de todo la costa del cantábrico central, hubo de nacer no por azar sino por la búsqueda del amparo de la roca venerada (de Blas, 2010).

El vínculo de estos iconos con los parajes fúnebres se hace también patente en el Collado de Sejos (Fig. 4), en el oeste de Cantabria, donde dos estelas, una con el puñal o espada corta, se elevan junto a los restos de arquitecturas asimilables al megalitismo regional (Bueno *et alii*, 1985; Saro, Teira, 1992; Balbín, Bueno, 1993). El alto y estratégico collado resulta un importante lugar de tránsito en la trasterminancia ganadera, vinculable además a los beneficios cinegéticos, actuando, al igual que Peña Tú, como un “lugar central” en la estructura del diseminado poblamiento comarcal

Es preciso insistir en que el análisis de esta clase de monumentos apegada únicamente a su materialidad (el error de la rigidez objetiva sin perspectivas de crear conocimiento) cierra el necesario camino a la imaginación y, en consecuencia, a la posibilidad de aproximarse al sentido de su erección. Así pues, hombres enaltecidos o dioses menores (sería con la mudanza mental de las sociedades metalúrgicas en evolución cuando fueran tomando forma los posteriores panteones protohistóricos de Europa), los antropormorfos armados bien pudieran significar fórmulas de cohesión social trabadas a través del culto a los antepasados, de la relación dinámica vivos-muertos, esencial tanto para la supervivencia de una comunidad, como para su legitimidad e identificación social.

De distinta concepción gráfica, aunque de nuevo acentuadamente abstracta, son los petroglifos de Peña Logroso (Teira, Ontañón, 1997), en la Cantabria orientada hacia las fuentes del Ebro y la submeseta norte, el primero de los cuales, simplificado en un largo diseño en “U” invertida, inscribe a media altura y en posición horizontal la figura de un puñal. En una singular secuencia se suceden otra veintena de figuras similares pero carentes de puñal o de cualquier otro motivo inciso. La presumible representación de un grupo de individuos jerárquicamente presididos por el portador del arma sustancia una escena tan sugerente como de difícil catalo-

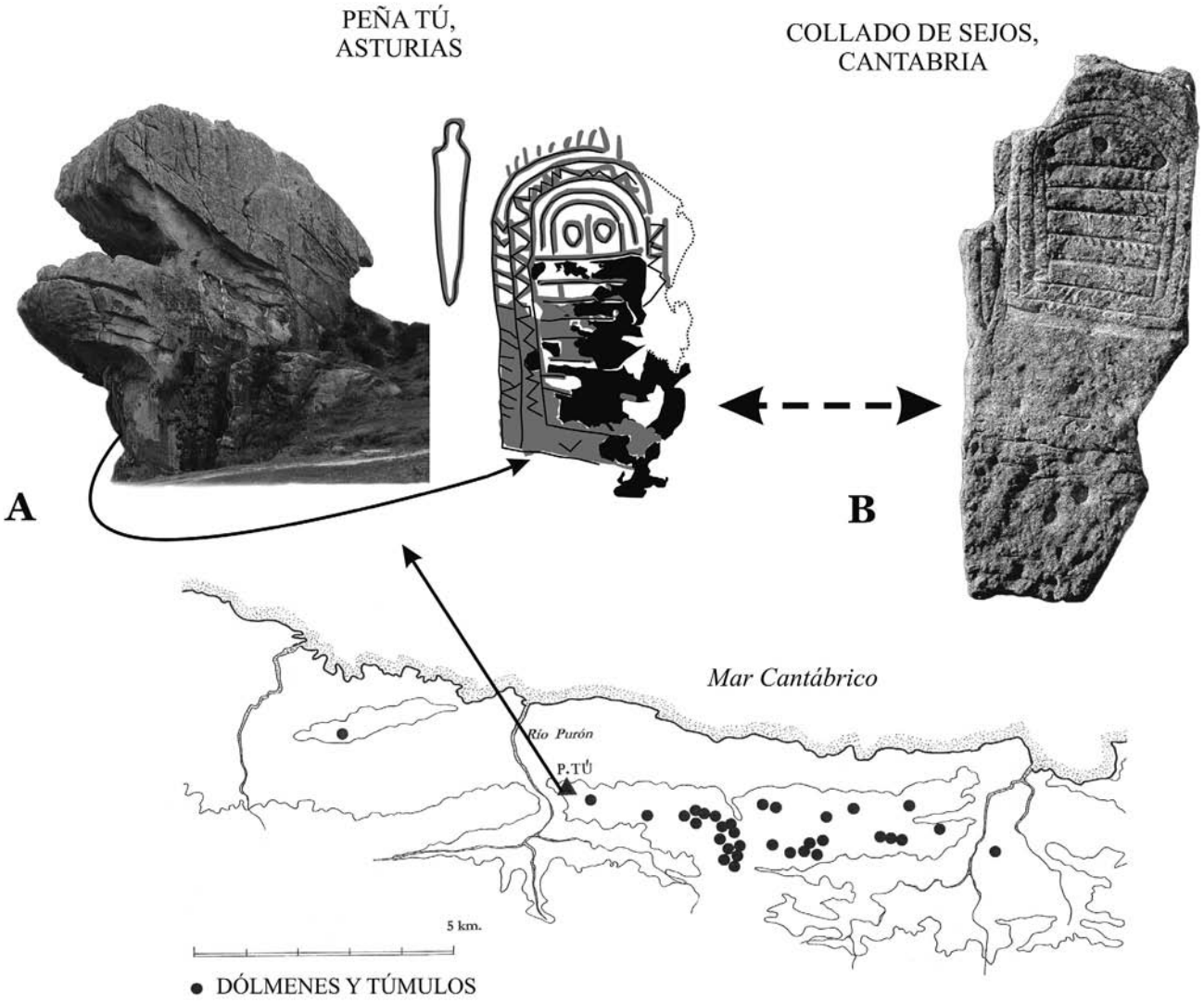

Figura 4. Peña Tú y la necrópolis de túmulos y megalitos en sus inmediaciones; arriba y a la derecha, estela del Collado de Sejos (M.A. de Blas; la estela de Sejos según L. Teira Mayolini).

gación. La aparente tipología del puñal resulta así mismo desconcertante,- tal vez un arma de pomo rematado por apéndices doblados hacia la empuñadura-, despertando, no sin objeciones, el recuerdo del motivo interpretado como broche de cinturón en la estela soriana de Villar del Ala, monumento infrecuente y acaso ubicable en momentos avanzados del bronce final (Romero, Carnicero, 1981).

Aún aceptada como arma, esta de Peña Longroso no se compadece en su morfología con ninguna de las que conozcamos de las edades del cobre y bronce en el ámbito ibérico, mientras que los puñales de pomo desarrollado en "T" son frecuentes tanto en las estelas de Lunigiana en el noreste italiano o en los *massi* grabados de Valcamónica o la Valtellina, de la segunda mitad del tercer milenio (D'Anna, 2002), en consecuencia tipos bien ajenos a la metalistería cantábrica. Cabría, en fin, una última consideración, que las empuñaduras desaparecidas por su calidad corruptible hubieran generado una variedad formal hoy inimaginada en la que cabrían caprichos y modas de los que Peña Longroso aportaría un inesperado testimonio, siempre sin olvidar una cuestión esencial, la extrañeza de esos petroglifos y, en consecuencia, su ambigua atribución cronocultural.

RETAZOS DE LA VIDA ORDINARIA

Las condiciones ambientales dominantes en el Noroeste durante el III milenio parecen marcadas por el descenso de la temperatura, tendencia climática que con menor acentuación se mantendrían a lo largo del milenio siguiente. Algunas investigaciones sedimentológicas combinadas con el análisis

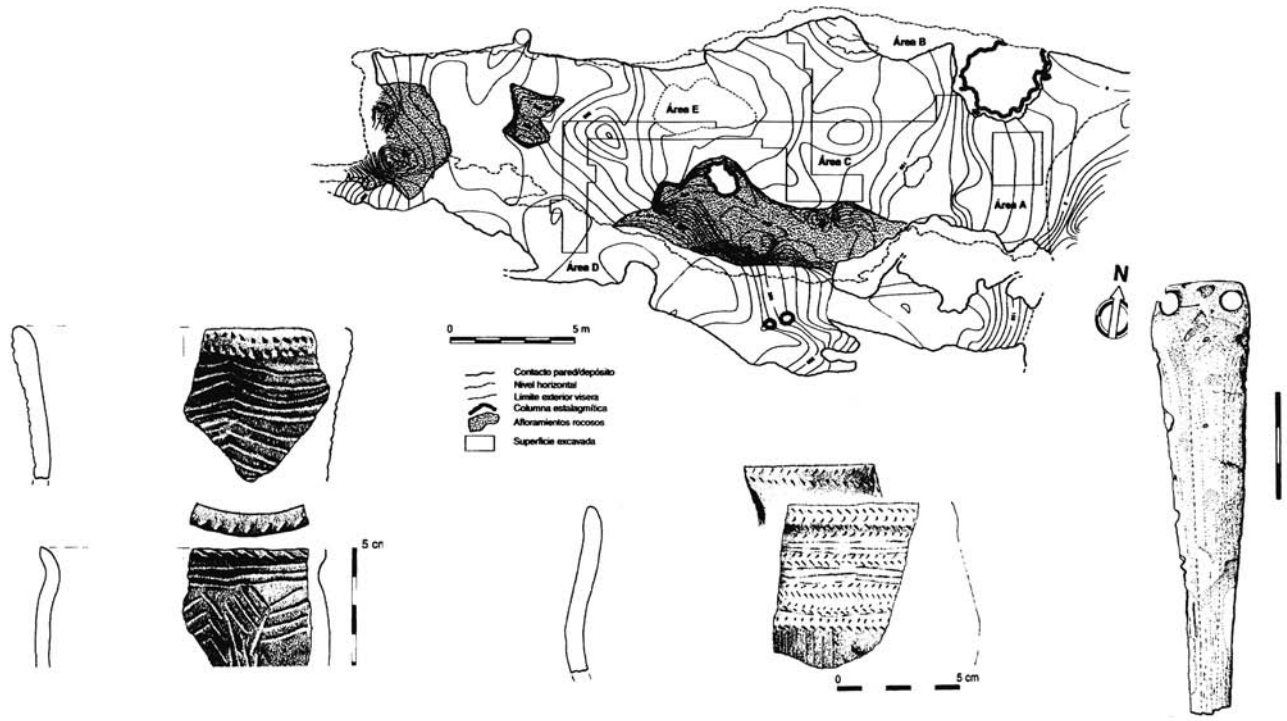

Figura 5. Plano y alfarería de la Cueva de Arangas (según Arias y Ontañón 1999); el puñal según M. A. de Blas.

de las modificaciones que afectaron a la línea de costa concluyen en apreciar entre 3500 y 1000 BC un ciclo de episodios fríos y húmedos alternados con otros de cierta aridez (Fábregas *et alii,* 2003). Con mayor detalle y precisión espacial, en la turbera de Las Dueñas (concejo de Cudillero, en el litoral centro-occidental de Asturias) el aumento de ciertas especies vegetales en el intervalo 2030-1772 cal BC, pudo deberse a condiciones especialmente húmedas (López *et alii,* 2006) favorecedoras del avance del bosque que en aquella comarca inmediata al mar determinaría la expansión, entre otras variedades forestales, del alcornoque.

La extrapolación de esas circunstancias a la comarcas litorales del cantábrico central permiten entrever que la progresión de la masa arbórea supuso para las comunidades campesinas un renovado esfuerzo deforestador en el que gozarían de lógico protagonismo las hachas de composición metálica, tan características del bronce antiguo. La demanda del cobre/bronce estaría pues en consonancia con la defensa, frente al bosque, del terrazgo abierto con anterioridad y con su ampliación; metalurgia y economía agropecuaria vendrían a constituir en tales circunstancias actividades íntimamente relacionadas.

En sociedades asentadas en territorios de dominio calcáreo todavía cumplirían muchas cavernas y abrigos como refugios de utilidad, siquiera utilizados temporal o estacionalmente. En ellas cabe hallar los vestigios de mayor solvencia para una mínima aproximación a la vida cotidiana. De los testimonios en mayor número y valor informativo esperables en los poblados poco cabe señalar en una región todavía carente de tales, aunque acaso respondan a hábitats al aire libre de débil cristalización arqueológica algunos como el cántabro de Hinojedo de calificación neolitico-calcolítica (Ontañón, Peredo, 1995) o el ya asignable a la edad del bronce de Halterreka, si bien ya en tierras de Guipúzcoa (Mújica *et alii* 2009).

En Cantabria, la mayor parte de la documentación arqueológica asignable a la edad del bronce, de calidad y certeza muy desiguales, proviene de cuevas, de vestigios residuales en mal estado y poco conocidos, localizaciones que hace ya algunos lustros se cifraban en más de dos centenares (Muñoz *et alii,* 1987), aunque en muchos casos lo que destaca es su utilización sepulcral cuya compatibilidad, salvo una obvia diacronía, con el uso residencial no es improbable. Aún así, poco se puede señalar del proceder sepulcral cavernario pese a indicios sugerentes como la contigüidad en algún caso de despojos óseos humanos y fragmentos de grandes vasos, alentando la hipótesis de posibles inhumaciones en tinaja (Ruiz, Smith, 2001), rito de nítida tradición mediterránea por ahora indocumentado al norte de la cordillera cantábrica.

De la reiteración del hábitat troglodítico en territorio de montaña aporta una imagen más acabada la Cueva de Arangas (Cabrales), de boca solana abierta en la vertiente sur de la abrupta Sierra de Cuera, frente a las agudas y altas cumbres del macizo central de los Picos de Europa. Un estrato pedregoso en el vestíbulo aportó como prueba de su vocación doméstica numerosos restos de vasos cerámicos (Fig. 5) que mediciones termoluminiscentes dataron en la primera mitad del segundo milenio. Las formas y, en particular la temática ornamental incisa en los vasos de mayor calidad, agrupados en el llamado "tipo Trespando", son similares a las registradas en diversas cavernas distribuidas entre la cuenca del Sella y la ría vizcaína de Guernica,- entre tales las del Bufón de Vidiago y La Llana, en la Asturias oriental, o las cántabras La Castañera, Los Avellanos y AER-, todas en ubicaciones no demasiado alejadas del litoral. Al margen de interesantes aspectos interpretativos de estas producciones alfareras, como su verosímil vigencia en paralelo con las producciones campaniformes más tardías, en el ilustrativo caso de la gruta de Arangas apuntan, junto con recipientes de elaboración más tosca y de mayor capacidad, a una innegable dimensión doméstica del lugar, condición reforzada por alguna cubeta con patentes zonas calcinadas, sugiriendo la existencia de una sumaria modalidad de horno, además de otras estructuras de combustión que relacionadas con restos de mineral de cobre, gotas del metal y dos fragmentos de crisol hablan de actos metalúrgicos (Arias, Ontañón, 1999). A este último respecto quizá no resulte improcedente plantearse si el puñal hallado en el área D, roto uno de los dos agujeros para el paso de sendos roblones que sujetaron el desparecido mango, no sería una pieza para reciclar, finalmente olvidada.

La infrecuente copiosidad alfarera en Arangas y la posesión de los misterios metalúrgicos en el mismo ámbito manifiestan un experto control pirotecnológico de los usuarios de la caverna durante el bronce antiguo, y también el inexcusable carácter multiforme de la economía autárquica de gentes instaladas en un medio netamente montañoso, subsistencia agropecuaria, con mayor acento en el aprovechamiento ganadero, sin renunciar al ancestral y permanente activo de las artes venatorias.

El encuentro en la espelunca cabraliega de los vestigios de un probable silo de avellanas enseña lo que hubo de ser una fuente alimenticia habitual en la prehistoria holocénica de toda la franja cantábrica, con frecuencia tostadas para su conservación y, a la vez, facilitando su consumo al modificar el calor el contenido en aceite, mejorado también el sabor y su molienda (Zapata, 1999).

Las pruebas suficientes de las prácticas agrícolas persisten en la imprecisión aún cuando los análisis polínicos atestigüen ya, como en la turbera de Monte Areo (comarca de Cabo Peñas), la realidad de los cultivos cerealísticos a mediados del milenio V (López-Merino *et alii,* 2010) , asociados también a túmulos en la misma sierra litoral desde finales de ese mismo milenio (de Blas, 2006), o cuando en la costa vasca se producían cebada y escanda a comienzos del VI milenio BP (Iriarte, Zapata, 2004).

Carentes de la deseada información-, en Cantabria los sedimentos de la Cueva de El Juyo correspondientes a la edad del bronce aportan una mínimo indicio de cereales, que en la contigua Vizcaya, en la gruta de la Arenaza, se sustancia en la concreción por entonces de un elenco agrario, -con trigos vestidos y desnudos además de mijo-, sin duda el mismo seguido en otras comarcas de la franja astur-cantábrica. La siembra de este cereal sugiere la posibilidad una particular atención al ganado, dotándolo de un "cultural" aporte nutritivo en el supuesto de una incierta producción excedentaria.

En todo caso, la opción agrícola es innegable más allá de la escasez actual de datos firmes al respecto. Si en el ocaso de la edad del bronce fueron los cultivos de distinta naturaleza parte esencial del impulso renovador que se sustancia en los lugares fortificados, no sabríamos cómo negarle una función también esencial a lo largo del segundo milenio en todo el ámbito astur-cántabro. En efecto, en los castros de la Asturias central se documentan la escanda menor (*Triticum dicoccum*), predominante, la avena, y también los guisantes en su fase inicial para seguidamente hacerse patente la producción de cebada, mijo y habas (Camino, 1999). De otras probables fuentes nutricias habla la indagación de la dieta seguida por una joven del bronce final cuyo esqueleto yacía en una espelunca de la sierra de Cuera, en Llanes, en la que acaso figuraban plantas ricas en magnesio, muy grasas, como la *Brassica sp.* (Barroso *et alii*, 2008), una clase de verdura cuyo consumo y cultivo en la cercana Galicia pudieron ser habituales en el IV milenio (Suárez, Fábregas, 2000).

Por otra parte, la permanencia prolongada en una misma zona, caza y pastoreo, exigen un minucioso conocimiento del territorio y de sus posibilidades, por lo que la localización de los afloramientos de piedras verdes y azules, malaquitas y azuritas, hubo de favorecer el acceso a los más rentables minerales cupríferos y al subsecuente be-

neficio de los mismos. Resulta así razonable que la ocultación del lote de hachas de Asiego, en la misma ladera de la Sierra de Cuera, y a poco más de cuatro kilómetros de distancia de Arangas, fuera obra de individuos cercanos o al menos genéricamente contemporáneos de los establecidos en la gruta que considerábamos párrafos atrás.

El lugar del encuentro de algunas armas metálicas podría alumbrar por su ubicación la amplitud del espacio objeto de aprovechamiento pecuario y cinegético. De las rarísimas puntas Palmela, de dilatado marco vital calcolítico-bronce antiguo, los dos únicos ejemplares conocidos en Asturias, -una en la Garganta del Cares, otra en Peña Ubiña-, se descubren en parajes de montaña inmediatos al cambio de vertiente, hacia la Meseta, de la cordillera cantábrica. No harían esos y otros hallazgos fortuitos, entre los que no se puede obviar el par de puñales de Puertu Gumial, en el alto Aller, más que confirmar la continuada antropización de la montaña ya en marcha, según varios registros polínicos de la vertiente septentrional de la cordillera, hacia 5000- 4500 cal BC, siendo más abundantes los datos relativos al tercer milenio (López Sáez *et alii,* 2006). De manera más directa, la presencia de túmulos y arquitecturas megalíticas en las líneas de cumbres habla de la contigüidad desde el neolítico de las actividades de subsistencia y de la monumentalización surgida de las prácticas funerarias (de Blas, 1983; 1996) y también de los cambios en el paisaje botánico de acuerdo con estudios de hace tres decenios propiciáramos en el entorno del ya aludido sepulcro pétreo Mata´l Casare I, en las alturas serranas de La Cobertoria (Dupré, 1988, 89-91; de Blas,1993)

Si la punta de Peña Ubiña, en uno de los espacios más elevados de todo el Cantábrico, probablemente se explique por la estancia de grupos de pastores (de Blas, 1991-1992), la de la majada de Dureyu, en el Cares, el desfiladero más angosto y alpino de los Picos de Europa, bien pudiera deberse a las andanzas por aquellos abismos de cazadores de rebecos. Las características del metal apuntan, al mismo tiempo, su procedencia extrarregional, meseteña, acaso en la alta cuenca del Ebro (de Blas, Rovira, 2005-2006).

Por pistas insospechadas, la constatación de la ganadería vacuna desde el tercer milenio se deriva del instrumental óseo utilizado en las labores extractivas de mineral de cobre en el Aramo. Una cuña o escoplo de vaca aportó la fecha radiocarbónica 3455 ± 40 BP (Ua-24546) abarcando el lapso 1890-1680 cal BC, por tanto debida a un momento avanzado, ya durante el bronce antiguo, del largo ciclo extractivo. Pruebas semejantes obtenidas de cuernas de *Capra hircus*, halladas en el mismo complejo minero, concurren en la identificación del grupo prospector como integrante de una comunidad que, al mismo tiempo, aprovechaba durante el estío con rebaños de vacas y ovejas la calidad de los pastos serranos. También de una cabaña compuesta tanto por vacas, especie mayoritaria en el yacimiento santanderino de La Castañera (Rincón, 1985), como por cabras, ovejas y cerdos hablan los restos faunísticos recuperados en varios horizontes cavernarios de Cantabria asignados a la edad del bronce, sumando todo ello perspectivas más cuajadas de la vida campesina y de la realidad del aprovechamiento tanto del estiércol fertilizante como de la leche y sus derivados. A este último respecto, la ausencia aún de encellas cerámicas no excluye la producción de quesos, suplidas fácilmente aquellas por las llamadas “botas” de piel; técnica quesera que bien pudiera remontarse, según propusimos hace años, a gentes neolíticas y paisajes megalíticos (de Blas, 1996).

De particular interés es el lote de objetos de madera hallados en la cántabra Cueva del Aspio, en Ruesga, básicamente peines de apretadas púas (Fig.11), interpretados como útiles de la artesanía textil, acaso para la preparación de hilaturas vegetales, de lino o cáñamo (Serna *et alii*, 1994); piezas extraordinarias que dataciones C14 recientes sitúan en las postrimerías de la edad del bronce (noticia que agradecemos al arqueólogo Ramón Bohigas). Su aparición en un sector profundo de la caverna, muy lejos de la luz, a veces encajadas las piezas en fisuras de la roca, abre interrogantes de difícil respuesta más allá de concluir en una ocultación-amortización intencionada, - inevitable la tentación de la hipótesis ritual-, de objetos de una específica misión en la subsistencia doméstica.

Por último, de otros aspectos de la economía productiva son raras las pruebas establecidas. De la apicultura, una particular modalidad “ganadera”, sólo tenemos total certeza a fines de la edad del bronce cuando moldes de fundición como el de Los Oscos sirvieron para proporcionar modelos de hacha después fundidas por el método de la cera perdida. Como ya es sabido, miel y cera, fueron sustancias controladas muchos siglos antes con una primera confirmación en el vaso campaniforme escocés de Ashgrove, usado para libaciones funerarias de hidromiel (Dickson, 1978), detalle que vino a ratificar las previas propuestas de la función cultual del consumo de alcohol en los cosmopolitas vasos acampanados (Burgués, Shenan, 1976), una realidad que cuenta también hoy con un sólido cuerpo probatorio en el ámbito ibérico (Guerra, 2006).

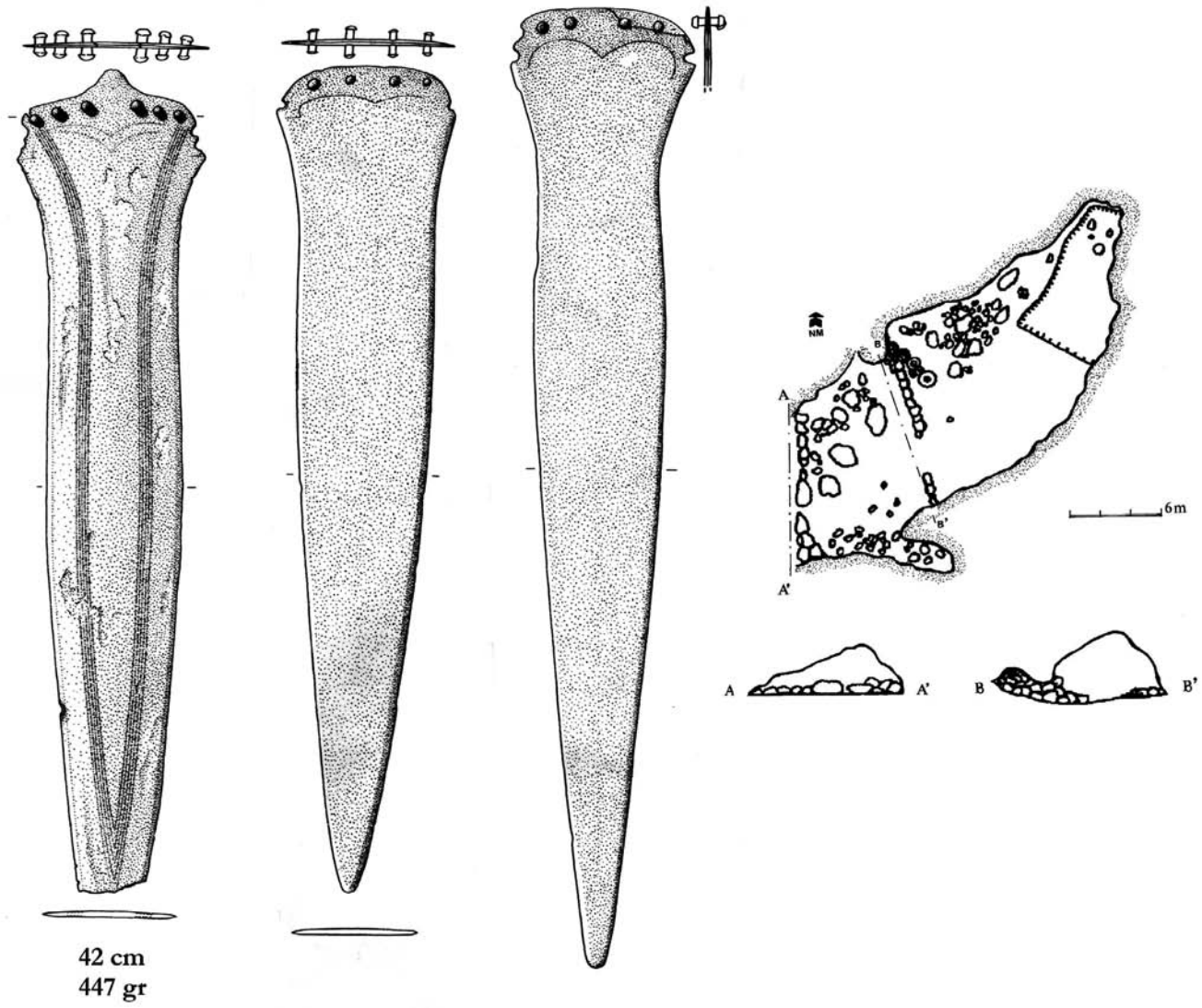

Figura 6. Espadas de Cuevallusa (según Brandherm, 2003) y plano de la gruta (reelaborado sobre el dibujo de Serna Gancedo *et alii,* 1993)

ESPADAS EN CAVERNAS DURANTE EL BRONCE PLENO Y OTRAS OCULTACIONES DE PROBABLE SESGO VOTIVO

En el limitado repertorio de la metalistería del bronce pleno, en el segmento temporal 1700-1300 cal BC, destaca como circunstancia genérica la aparición de los ejemplares únicos de espadas en contexto troglodita.

Es precisamente ese el caso de la mejor expresión armamentística del momento. El lote de tres espadas de Cuevallusa (Ogarrio, Cantabria) es ilustrativo de la posibilidad de hipótesis diversas que su ignoto origen plantea (Fig. 6). Armas de prestigio, sin duda, objetos de pompa y de filiación guerrera, debieron de constituir en un primer momento parte nada despreciable del patrimonio de algún personaje notable. Sin embargo, su incierto descubrimiento a finales del XIX proyecta serias dudas sobre el porqué de su destino subterráneo. Inicialmente, cabría admitir tanto la ocultación circunstancial como su carácter de ofrenda fúnebre. La primera, dada la homogeneidad y calidad de las piezas, parece poco probable, salvo que alguna circunstancia impidiera su posterior recuperación. La alternativa del ajuar mortuorio siempre resulta posible, pero no hay datos seguros de carácter sepulcral que la apoyen. Las exploraciones recientes de la caverna, Collusa o Cueva LLusa, aportaron el hallazgo solitario de un fragmento de cúbito, y algunos pedazos de vasos cerámicos filiables *grosso modo* en la edad del bronce. De más interés sería

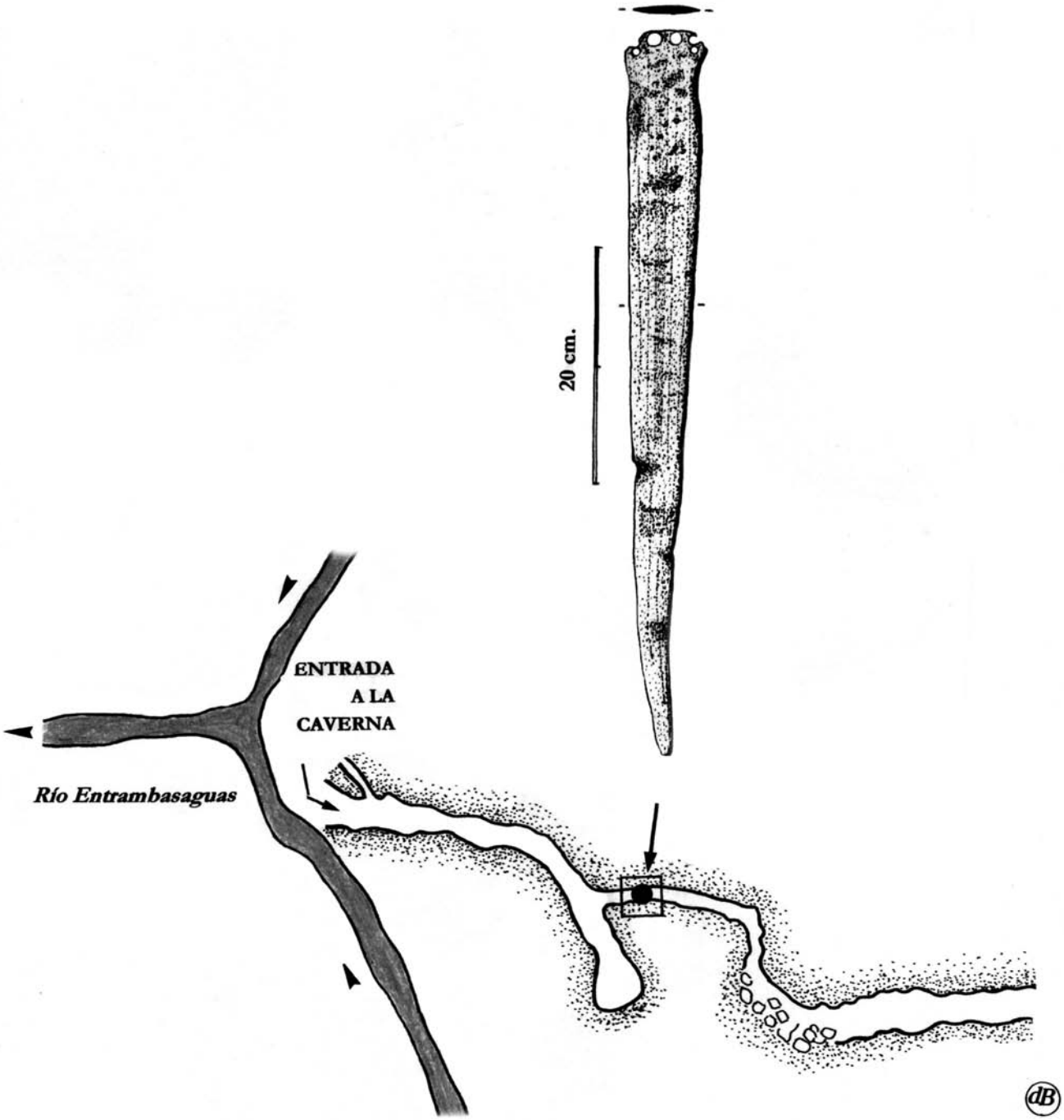

Figura 7. Espada de Entrambasaguas (según M.A. de Blas) y plano de gruta con indicación de la zona de hallazgo del arma (según Almagro Gorbea 1976, reelaborado por M.Á. de Blas).

la propia morfología de la cavidad, con desarrollo en "*cul de sac*" y treinta metros de longitud, ornada por gruesas columnas estalagmíticas, abierta en la ladera que domina ampliamente el valle donde su ubica el caserío de Ogarrio (Serna, Malpelo, 1993). Esa posición destacada de la gruta acaso justifique la presencia de los materiales, pero no como simple ocultación, tal vez demasiado arriesgada en un lugar tan visible.

Retornando a la incierta opción sepulcral, resulta extraña, aunque no insólita, la reunión de las tres espadas (sería excesivo admitir que fueran tres los inhumados cada uno con un arma). Hay, en efecto, casos en los que varias armas de la misma

clase se encuentran en la tumba de un individuo único tal como acontece en varios túmulos armoricanos (Briard, 1994, 225-226) entre ellos el muy notable de Carnöet al que volveremos a referirnos; en el ámbito ibérico, al inhumado en la rica tumba 9 de Fuente Álamo lo acompañaban entre bienes y viáticos, además de una diadema y anillos de plata, una espada y dos puñales (Siret, 1890, 260-261 y lám. 68).

En todo caso, hubo de ser lo suficientemente imperiosa la causa determinante de la amortización fortuita o voluntaria de materiales de alto valor (entre otras consideraciones, el retiro de la circulación de unos 1400 gramos de excelente cobre). En el ejemplar de más cuidada factura, Cuevallusa I, ya había anotado Gómez Moreno su naturaleza mestiza, por un lado emparentada con los tipos argáricos, mediterráneos e ibéricos, por otro en modelos del atlántico francés (Gómez, 1949, 339). Esta última pista vino a animar la hipótesis de que Cuevallusa I fuera una importación, probablemente desde Bretaña, mientras que las dos espadas restantes no pasarían de meras imitaciones de la primera y por tanto de factura local (Almagro-Gorbea, 1976). Pero el argumento se torna bidireccional si en los tipos bretones tomados como referencia y en particular los hallazgos del túmulo de Carnöet, se señalan, a la inversa, rasgos ibéricos como el desarrollo pistiliforme de las hojas, además del origen compartido por las armas ibéricas y bretonas en los puñales/espada de la metalistería del campaniforme tardío (Briard, 1984, 86-87).

Por nuestra parte, hace ya algún tiempo que consideramos a Cuevallusa I, y obviamente a las demás, como una producción hispánica (de Blas, 1999). Su excelencia técnica no tendría por qué ser ajena a la metalurgia cantábrica si tomamos como argumento de peso la acentuada calidad de las hojas de hacha, fundidas en un inmejorable cobre, constitutivas del aludido depósito astur-oriental de Asiego. Por lo que su diseño se refiere, las vías de experimentación están ya trazadas en la conocida como espada de Santiago (Almagro, 1973) o en el ejemplar de Sabero, León, en la vertiente meridional de la cordillera cantábrica (Delibes *et alii,* 1982).

Representa Cuevallusa I en su ámbito regional algo similar a lo que lo hace la espada de Cissac en Aquitania, arma excepcional en la que se descubre la mixtura de matices bretones e ibéricos mezclados con otros del ámbito rodaniense e, incluso, germánico. Pero el cobre arsenical de la rara arma bordelesa, de quimismo parecido al de otros muchos productos de las edades del cobre y bronce antiguo del occidente de Francia, declara su origen local más allá de los influjos tipológicos y ornamentales que en la misma se asocian (Gómez, 1995, 208).

Compartirían así Cuevallusa y Cissac su condición de *rara avis*, de armas de "casta principesca", en sus respectivas regiones, sustanciando ambas la circulación capilar en el occidente europeo de técnicas, gustos y formas de simbolización de estatus. Hablan de ello los remaches, que tanto en la espada francesa como en las tres cántabras son de plata (Jorge, 1953, 257-259), metal noble exótico tanto en Aquitania como en el litoral cantábrico. También en las dos habla la plata de intercambios a larga distancia, del sur ibérico para los roblones de las tres de Cuevallusa,-cada vez son más frecuentes los hallazgos de plata en el bronce antiguo del Norte peninsular, probablemente de plata nativa (de Blas, 1999; Delibes, del Val 2005-2006), acaso de los yacimientos argentíferos del sur del Macizo Central francés para los de la pieza de Cissac (Roussot-Larroque, 1984, 22-24).

Sumado al caso de la Cueva LLusa el hallazgo en otra caverna de una magnífica espada de hoja larga y placa de enmangue con seis roblones del tipo que suele calificarse como "argárico", brotan sugerencias de difícil disimulo. La pieza, conocida como de Emtrambasaguas (Fig. 7), apareció en una gruta que dista apenas 12 kilómetros en vuelo de pájaro de la Cueva Llusa. Yacía, sin que se apreciara cualquier otro elemento asociado, en una galería, lejos de la boca de la gruta abierta en la inmediatez de la confluencia de dos cursos de agua (Almagro-Gorbea, 1976). Rotos dos de los orificios para remaches, con melladuras en los lados y en la punta, es evidente que fue usada antes de su extraño abandono en un paraje de tinieblas eternas.

Más allá de sus rasgos tipológicos meridionales y de ciertos matices atlánticos,- la de Entrambasaguas fue fundida en buen bronce binario mientras que las Cuevallusa lo fueron en cobre (Arias *et alii,* 2002)-, percibidos en las cuatro armas entendidas como expresión del rango de sus propietarios, se impone el hecho repetido en la misma comarca de Cantabria del supuesto abandono intencionado de las mejores armas de todo el bronce antiguo/pleno, de su exclusión del universo vital para yacer en las profundidades cavernarias. La hipótesis de la entrega voluntaria al medio subterráneo de productos de alto valor tanto material como técnico o simbólico se yergue entonces como acaso la más pertinente; armas pues excepcionales que llegan hasta nosotros merced a operaciones de intención votiva (el universo subterráneo y tal vez las aguas asociadas, etc.), cualquiera que fuere su preciso significado.

Bajo esta perspectiva, el hallazgo reciente de aretes en espiral de plata en una galería marginal de la cueva segoviana de La Vaquera, también interpretado en clave ritual, anima a reconocer en la edad del bronce peninsular cultos cavernarios en espacios distintos de aquellos residenciales o funerarios (Delibes, del Val, 2005-2006). La progresiva acumulación de indicios va madurando la idea de la probable práctica de depósitos votivos en medios acuáticos, con más claridad de armas metálicas; valgan como indicio los estoques del bronce pleno, de patente genealogía europea, arrojados al río Ulla (Peña, 1985). Resulta, en todo caso, más expresiva, aunque ya de un momento postrero del bronce, la presumible ofrenda ritual a la gruta y a las aguas que manan en la misma de una espada, un hacha y bellas agujas broncíneas en la tarraconense Cova de la Font Major (Graells *et alii,* 2008).

Quizá fuera de esa naturaleza inmaterial el impulso determinante de la ocultación de un lote de hachas fundidas en bronce, de tipos datables en mediados del segundo milenio aC al lado de la Fuente de Frieras, en Llanes, un llamativo fenómeno hipogénico inserto en un afloramiento calizo de ubicación estratégica en el paso que, desde las tierras interiores hasta el mar cantábrico, abre el río Bedón.

EL CLARO-OSCURO DEL BRONCE FINAL, LAS PECULIARIDADES DE LA METALISTERÍA Y SU DESIGUAL DISTRIBUCIÓN COMO INDICIOS ESENCIALES

Seguirán siendo todavía los objetos de bronce y sus supuestas conexiones con el universo ritual los vectores dominantes en el bronce final de la fachada marítima norteña de Iberia, en particular en Asturias y ya de manera más discreta en Cantabria. Lejos de su menosprecio, la dimensión de los ritos, aunque de naturaleza escurridiza, no se reduce a la esfera exclusiva de lo ideológico cuando, de modo bien distinto, constituye una elaborada creación cultural que exige como inapelable la trama social urdida a lo largo de generaciones. Para dotarse de sentido requiere la reiteración, ya que de lo contrario el rito resultaría una simple acción improvisada y por ello sin mayor alcance. No deja de actuar, en suma, como reflejo de la organización social y en la medida en que una sociedad es primitiva se impone el dominio de lo sagrado sobre lo profano, prevalencia de la que, tal como A. van Gennep propuso en 1909, se sigue el valor nuclear del aparato ceremonial (Van Gennep, 1986, 12).

Es además razonable que el protagonismo de objetos con valor intrínseco como las artesanías broncíneas y también su entendida función ceremonial, lo que a la postre favorecería su supervivencia y llegada hasta hoy, parecen adecuarse, pese a todo, a sociedades con un armazón suficiente como para generar alguna forma de elites, sean cuales fueren las peculiaridades políticas y económicas de las mismas.

Sin embargo, la corriente actual tiende a negar la existencia de sistemas estables de estratificación social de manera que el liderazgo no llevaría aparejada la herencia de las prerrogativas conseguidas durante el mismo. En algún caso fue propuesta la hipótesis de que las relaciones de honor, de patronazgo y clientelismo dominarían durante el bronce final atlántico, aún por encima de las de parentesco que solamente habrían de recuperar su importancia durante la subsiguiente edad del hierro (Mederos, Harrison, 1996). Pese a estas y otras sugerentes posiciones teóricas, pretender la recreación del paisaje social de fines del bronce en nuestra área, inserta en el dominio oceánico, quizá resulte una ambición excesiva confrontada con un corpus testimonial tan endeble (Gilman, 1998, 17).

Si el intercambio de manufacturas a larga distancia, los metales en cuestión como referente, sólo habría de producirse con cierta fluidez cuando lo permitiera una adecuada organización social, podríamos caer en la tentación de observar la desigualdad cantábrica, desde Lugo y Asturias a la Cantabria oriental, Vizcaya y Guipúzcoa como resultado de una también desigual morfología social. Con este enfoque la mengua de bienes metálicos que paulatinamente se percibe en progresión hacia el cantábrico oriental algo tendría que ver con diferencias en la estructura social, la ausencia, como ejemplo, de condiciones políticas capaces de establecer las condiciones de seguridad y permanencia que habrían de impulsar el tráfico y recepción de los bienes de prestigio (de Blas, Villa, en prensa). El volumen de objetos diversos (hachas de talón de una y dos anillas, hachas de tubo, puntas de lanzas, hachas de apéndices laterales, hoces, brazaletes, etc.) conocidos entre los ríos Eo y Besaya, y sobre todo entre el Eo y el Sella, contrasta brutalmente con la rareza de los mismos en el escenario vasco.

En efecto, abriendo el foco a toda la banda marítima septentrional se observa como las Rías Bajas gallegas reúnen la mayor concentración de productos metalúrgicos del bronce final de toda la Península Ibérica, una situación pujante propia de

una crecida población beneficiaria de abundantes recursos marinos en una costa de profundos y amplios fiordos y, desde otra perspectiva, de su estratégica ubicación en los itinerarios marítimos de circulación del metal en el sector meridional del atlántico europeo (Coffyn, 1985; Ruiz Gálvez, 1986), flujo de mercancías que en parte se viene atribuyendo a viajes náuticos, sin duda peligrosos y episódicos, pero necesarios e indudables aún cuando apenas hayan sido explicados (Coombs, 1998).

Aún así, hallazgos excepcionales como el barco de Dover, construido entre 1575 y 1520 cal BC, de fondo plano y casco de tablones ensamblados, acreditan navíos de transporte capaces de arriesgarse en largos viajes marinos, en la certeza, además, de que no serían esta clase de embarcaciones las únicas existentes por entonces tal como nos instruyen, entre otros testimonios, los célebres petroglifos escandinavos (Clark, 2004, 250-255 y 317-318). Estudios recientes valorando itinerarios posibles y los días de navegación requeridos en los recorridos (Callaghan, Scarre, 2009) o, más ideológicos, imaginando las travesías náuticas a larga distancia como consecuencia de la "adquisición cosmológica" de objetos exóticos intervinientes en el complejo proceso de vertebración de las elites en cristalización desde el bronce antiguo (Van der Noort, 2006), aportan algunas explicaciones al tránsito marítimo que justificaría el término manido de "bronce atlántico".

No cabe vislumbrar hasta qué punto a esa circulación náutica se le podrían atribuir ya al final del bronce antiguo/pleno las alóctonas *"palstaves"* sin anillas de Pruneda, Asturias central, fiel a tipos bretones elaborados hacia 1350-1250 aC (de Blas, 1983, 141-142) y la cántabra de la Virgen de la Peña, hallada entre los aluviones del río Saja y hoy desaparecida (Aragoneses, 1953); o las hachas de talón, una anilla, hoja corta y amplio talón de tope recto como la de Perlora, en la comarca de Cabo Peñas, o las cántabras de Novales (Comillas) y Requejo (Reinosa), todas prácticamente en el mismo meridiano, para las que tiempo ha proponíamos una inspiración foránea, atlántica, remontable al siglo XI aC (de Blas, 1983,166-168), aunque su rara presencia parece más debida a intercambios a larga distancia realizados en tierra firme. La misma opción puede ser atendida en la espada pistiliforme de Sobrefoz (Ponga, Asturias) - aunque dada por desaparecida hace decenios nos consta que se encuentra actualmente en Cangas de Onís, en una colección privada- (Fig. 10, A) tan semejante a otra francesa, de La Réole, hallada en los depósitos aluviales del Garona. La notable espada asturiana proviene de las estribaciones del puerto de Ventaniella por el que se franquea la cordillera cantábrica hacia tierras de León y hacia la alta cuenca hidrográfica del Esla donde no es rara la metalistería de acento atlántico, ni tampoco las espadas de la misma familia como las del Museo de León, Veguellina del Órbigo y La Cabrera (Fernández, 1986, 57-62; Brandherm, 2007).

Hubo en Asturias, al margen de metales de producción foránea, centros de actividad metalúrgica en el territorio mediante entre los ríos Eo y Navia y, por lo que a las hachas de talón y anillas se refiere, talleres locales con productos característicos en el interfluvio Nalón-Sella, acaso destacando las "*"palstaves""* del tipo que denomináramos "Pruneda" en un artículo iniciático (de Blas, 1975), además de otras de distinto diseño repartidas por la extensa cuenca hidrográfica del Nalón, delatando hábiles fundidores en las mismas comarcas donde, tal como ya se dijo, menudean los criaderos cupríferos.

Apurando más la información, la cuenca del Sella viene marcar ya la progresiva declinación en la circulación de las hachas de talón, piezas que superando en Asturias muy ampliamente el centenar, se reducen un escueto lote en Cantabria, en el que ejemplares como los de Peña Cabarga o Salcedo de Vaderredible, en Reinosa, se ajustan a modelos representados de forma más cuantiosa en Asturias y provincia de León, lo que hizo que precisamente como "Tipo 32 (Asturias-León)" las agrupara L. Montegudo en su meritorio e imprescindible catálogo (Monteagudo, 1977, núm. 1183 y 1184).

Ciertamente, el distinto tamaño provincial es fehaciente,- 10.600 km^2 Asturias y 5200 km^2 de Cantabria-, desigualdad en territorio que podría relativizar esa impresión de asimetría en dotación metalúrgica tal como precisaran Arias y Armendáriz (1998); sin embargo, conviene considerar el hecho de que un buen número de los metales asturianos individualizados es superviviente de hallazgos más cuantiosos; sírvanos de ilustrativo un gran brazalete de bronce de 0,50 kilogramos encontrado en Cabañaquinta (Aller), en el sector alto del sistema hidrográfico del Nalón (de Blas, 1983, 188 y 189), que se agruparía en un lote de siete. Por otra parte, la diversidad no es tampoco similar en los distintos territorios, de la misma manera que la localización de moldes para el colado broncíneo en el oeste de Asturias habla de producción *in situ* más que de la adquisición de artesanías de factura foránea.

Así pues, el señalado contraste entre el cantábrico centro-occidental y el oriental no parece anecdótico, sin olvidar que en Asturias se ubican los principales veneros de cobre de cuya explotación, no obstante, en los siglos terminales del bron-

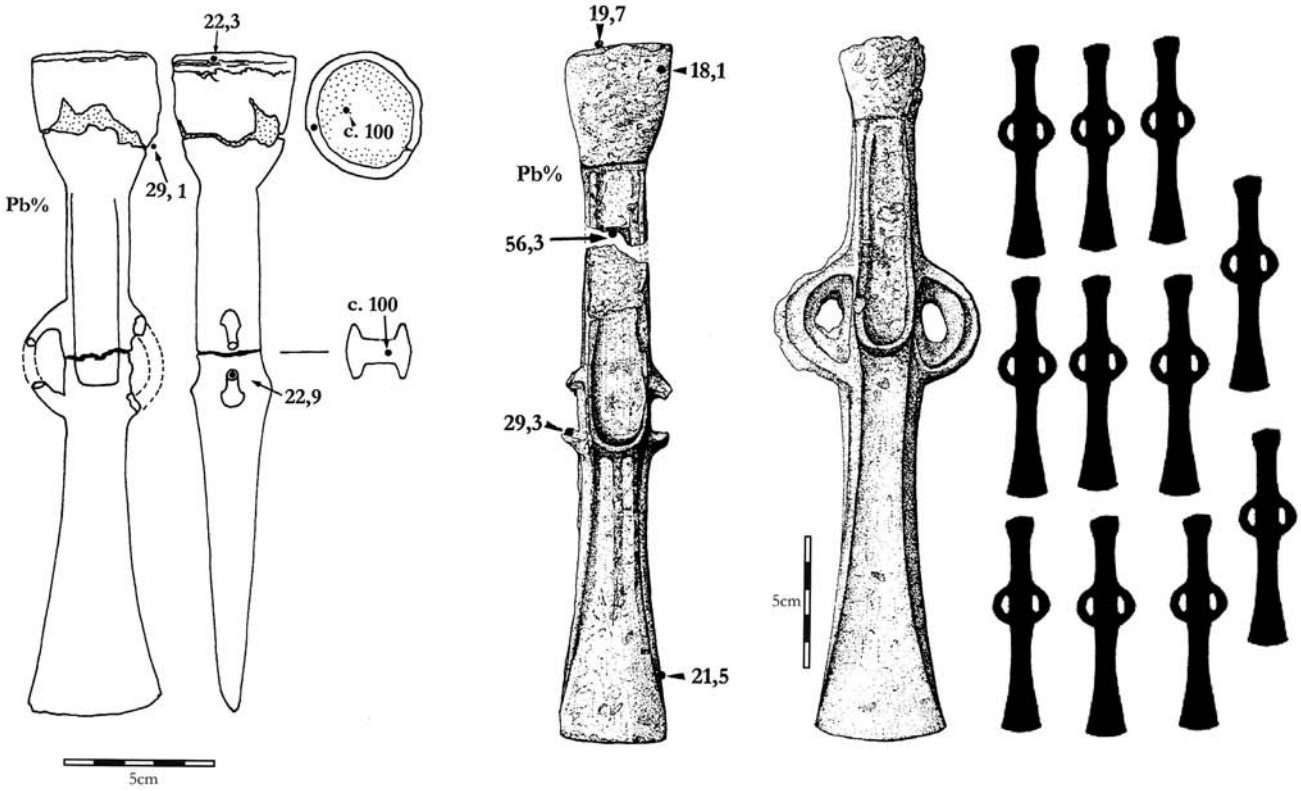

Figura 8. *Palstaves* con alto contenido en plomo: a, "Oviedo" (según Hughes 1981); b, Aláva y c, Pelou (según M.Á. de Blas).

ce, caben dudas aún cuando se señala vagamente, por ejemplo, la presencia de *"palstaves"* en las explotaciones de El Milagro (de Blas, 2006-2007) y en alguna otra. Es pertinente, en consecuencia, plantearse si la escueta metalistería hoy recuperada representa con alguna fidelidad la realidad del pasado, o se debe a pautas culturales determinantes, como el hecho de que la destrucción o el reciclado de los bronces fuera sistemático en unas sociedades, mientras que en otras, con la práctica de la ocultación, del soterramiento votivo o la entrega cultual a las aguas, se propiciaba involuntariamente la longevidad de tantos metales que como testimonios irreemplazables llegan hasta nosotros.

Esta última hipótesis, la de la supervivencia derivada del rito, no haría más que volvernos a la apreciación primera, la de la desigual circulación de los objetos broncíneos en nuestro territorio. El caldero de Cabárceno (Fig. 9), no lejos de Santander, pudo ser la ofrenda de los mineros que beneficiaban pigmentos rojos, al igual que lo sería el leonés de Lois cumpliendo funciones semejantes en una mina de extracción de otro colorante, el bermellón, siguiendo una actitud de oblación a los dioses menores de las labores subterráneas para compensar el expolio, argumentos sobre los que nos explayamos ya ampliamente (de Blas, 2007). Si resulta coherente el argumento, el mismo proceder ritual, la misma actitud y una misma disponibilidad de manufacturas, harían que la supervivencia de *"palstaves"* debiera de ser bastante mayor en el cantábrico oriental, en Vizcaya y Guipúzcoa, de la que hoy notamos.

Quizá la vertiente más razonable del atlantismo del bronce final sea la relativa a la transferencia de técnicas y objetos, y por ese cauce, de ciertos aspectos del dominio mental entonces vigente. Tres ejemplos pueden ser ilustrativos al respecto, las "*"palstaves""* muy plomadas, la técnica de fundición de hachas de cubo y los calderos de bronce.

Las hachas de talón con alto contenido en plomo reflejan una habilidad técnica extraordinaria, destinada en último término al engaño o al logro de una apariencia cuyo sentido sólo puede ser "especial", no ordinario. Los ejemplares asturianos minuciosamente analizados de Oviedo-, "*found in Oviedo*", desde 1876 en el British Museum (Hughes 1981)-, y Pelou (de Blas, 1991-1992) muestran la habilidad de los fundidores locales capaces de crear piezas broncíneas de sólida apariencia externa pero con la zona nuclear de plomo, hecho que también se certifica en las de Larón (Maya, de Blas, 1983) o en el depósito de Aláva (de Blas, 1984,156; 1991-1992) (Fig. 8, b). Esa acusada tendencia a al-

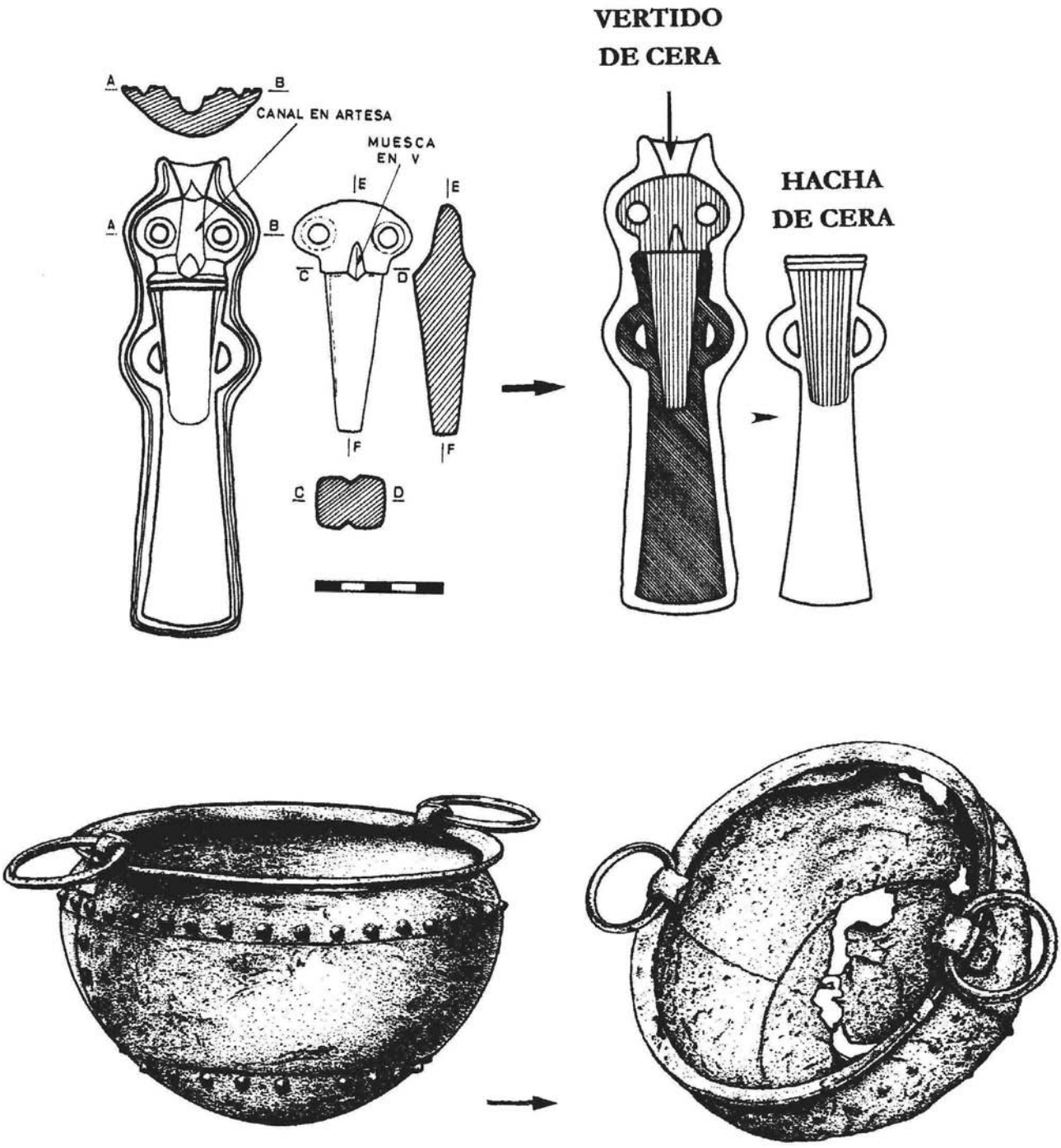

Figura 9. Molde de Los Oscos (según M. A de Blas) y caldero de Cabárceno antes y después de su restauración (según Fernández, Guerra, 2003).

terar las aleaciones hasta el extremo de producir bronces ternarios de nulo valor instrumental, por muy quebradizos, es un rasgo propio de la metalurgia del bronce último en la fachada atlántica. Un proceder técnico tan sofisticado como que el alma de la citada "hacha de Oviedo" (Fig. 8, a) fuera primero de resina y arena, materiales después sustituidos por el plomo a su vez inyectado en un cuerpo de bronce, es apenas justificable en términos de tesaurización o acopio especulativo de metales, cuando sería más apropiado que el bronce, de cobre y estaño en proporciones equilibradas, y el plomo se almacenaran por separado. Brota por ello la hipótesis de móvil ideológico, el consumo ritualizado de elementos simbólicos, las hachas de talón y asas, e inseparablemente el estímulo de la

producción metalistera (de Blas, Fernández, 1992), al igual que la costosa quema de velas de cera, la sustancia de calidad virginal adecuada para iluminar a la divinidad, actuó en las sociedades cristianas como permanente estímulo de la apicultura (López, 1994, 11).

Por lo que a las hachas de tubo se refiere, confirma su fabricación local el molde extraordinario de Los Oscos (Fig. 9, a), que no sólo denuncia la realidad aquí de aquellos tipos occidentales (de Blas, 1983), sino también del empleo de matrices, a su vez fundidas en bronce, que aunque conocidas en distintas áreas europeas expresan su mayor concentración en el oeste de Francia, entre los ríos Gironde y Somme, declarando su filiación atlántica (Mohen, 1978). Pero lo más notable en la pieza de Los Oscos es que el producto moldeado sería un hacha de cera, paso previo para la subsiguiente fundición de los ejemplares reales, broncíneos, por el método de la cera perdida, un dominio técnico que no hace más que corroborar la bondad de los metalúrgicos de este sector del litoral cantábrico y, al mismo, tiempo, revelar los mecanismos de una industria estandarizada.

Sin embargo, debemos afrontar una circunstancia contradictoria, las de cubo no son hachas frecuentes, sino todo lo contrario, en la prolongada cornisa cantábrica, ¿quizá porque, exentas de tratamiento ritual sufrieron el general reciclado, o acaso porque su área de distribución se reduce a la fachada occidental de Iberia, desde las Rías bajas gallegas hasta la región de Lisboa? Sea como fuere, el estudio de las microhuellas de uso en distintos ejemplares británicos habla de su versatilidad instrumental, válidas tanto para el trabajo de la madera, como para el sacrifico de animales, el curtido de pieles o la corta de pasto y otros vegetales (Roberts, Ottaway, 2003); en suma, útiles polivalentes de alto valor en las faenas normales de subsistencia en sociedades de economía agropecuaria. De pieza de trabajo, con su extenso filo abierto a martillo, podríamos calificar, en efecto, la única hacha de cubo hoy conocida en el espacio regional, la procedente de Navelgas (Tineo), en la Asturias central, guardada en el British Museum (Monteagudo, 1977, 1753A).

Por último, los calderos de chapas remachadas, de producción local, pero de acento irlandés, hablan tanto de una forma más de la habilidad metalúrgica como de la asimilación del ideario asociado a la utilización de tan costosos recipientes. Los ejemplares de Cabárceno y Lois, ya aludidos, son además, frente a tantos fragmentos inventariados, mera chatarra, los únicos que llegaron completos hasta hoy precisamente en virtud de su presumible entrega al subsuelo en operaciones votivas asociadas a la minería de pigmentos rojos. La revisión de los rasgos formales de otras armas como los puñales y puntas de lanza (Fig. 10) no harían más que apuntalar los argumentos esbozados en torno a la creciente simbolización de los elementos de combate y al consecuente protagonismo social del guerrero.

HACIA UNA MAYOR CERTIDUMBRE, CENTRALIDAD POLÍTICA Y PROTOURBANISMO EN EL BRONCE FINAL

La acertada programación de las investigaciones en los castros del occidente de la región, los identificados en el interfluvio Eo-Navia, concreta hoy un cambio sustancial en la pobre perspectiva que de los episodios crepusculares del bronce final veníamos sufriendo.

El apuntado protagonismo progresivo en la metalistería de las armas de combate y parada entre las que acaso haya que incluir las *"palstaves"* de hoja decorada (Fig. 10, 3) puede ser interpretado como expresión de una tendencia militarista ya *in crescendo* desde siglos atrás si recordamos, entre otras, las espadas de Cuevallusa y Entrambasaguas; perspectiva razonable en el marco más amplio del noroeste donde la planopia catalogada delata la intensificación del perfil guerrero y también, en términos formales y técnicos, la fusión en la armería de tendencias atlánticas y mediterráneas.

Un hecho hace tiempo señalado en el centro-occidente de Asturias es la coincidencia espacial entre hachas de talón y asentamientos dotados de murallas y fosos, en sitios inexcavados y, en consecuencia, carentes de una precisa ubicación histórica. Como caso más notable cabe consignar el de Aláva (Salas), donde una docena de *"palstaves"* muy plomadas (Fig. 8, c) yacían ocultas en una roca sobre la que se levanta un castro dominando la fértil vega del río Narcea.

Tampoco puede ser obviado el hecho de que la diversidad instrumental en bronce, desde hoces de hoja nerviada hasta fragmentos de calderos de chapa claveteada o hachas de tubo, sea precisamente en este sector extremo occidental donde tenga lugar, documentándose además moldes, el de Castropol y el comentado de los Oscos, que hablan tanto de una producción metalúrgica sumamente experta como de la confección en serie de algunas piezas, en consonancia todo ello con la demanda congruente con una cierta densidad de población.

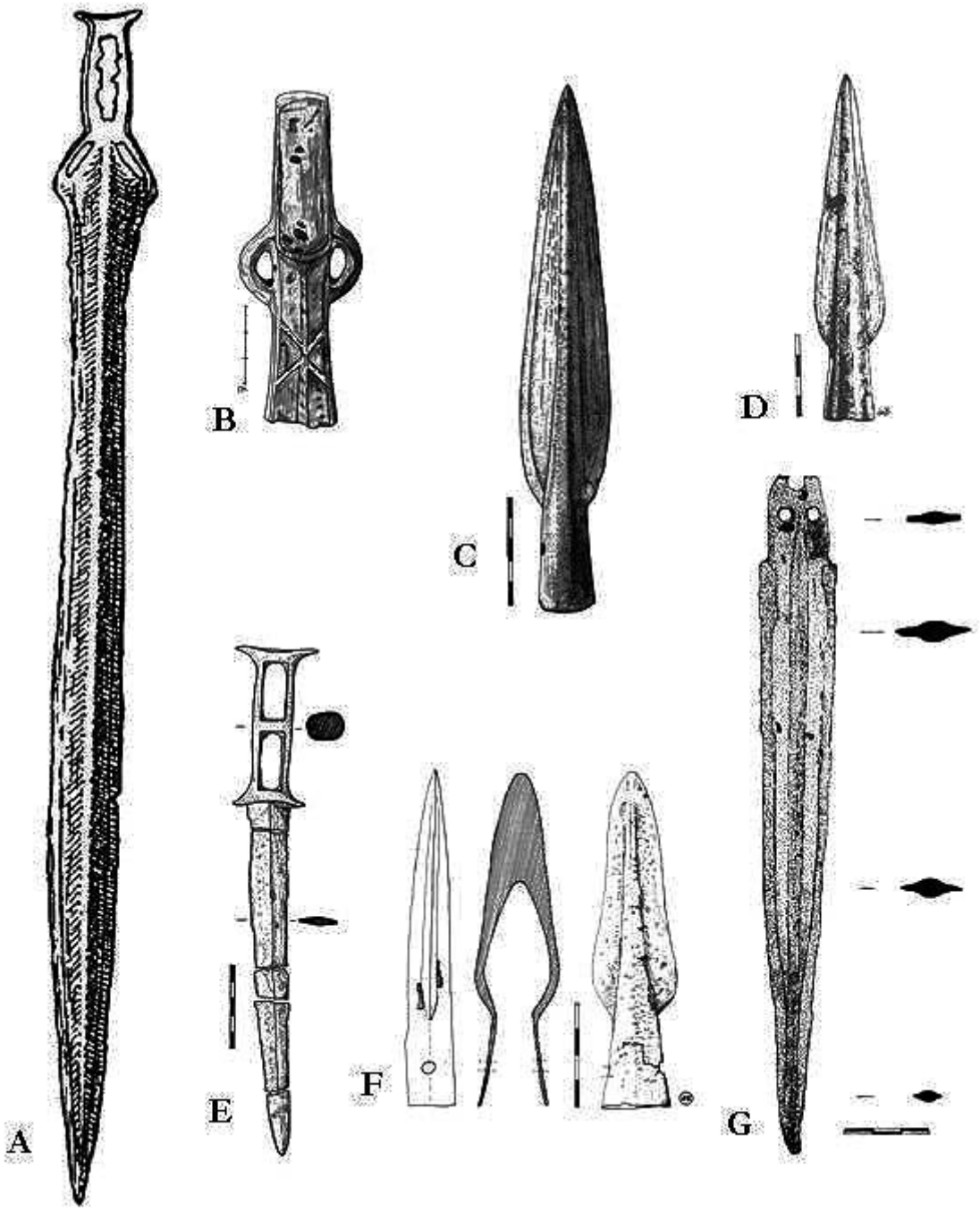

Figura 10. Armería del bronce final: A, Sobrefoz (Asturias); B, Asturias; C, Asturias/Cantabria; D, Trescares (Asturias); E, Tineo (Asturias); F, La Llaguna de la Fana (Tineo, Asturias) y G, Hinojedo (Cantabria). (A, según M. Almagro Basch; G, según Serna 1983-1984; B, C, E y F, según M.Á de Blas).

No cabría oponerle reparos a que el vínculo entre metales del bronce último y "castella" protohistóricos sea general en todo el espacio astur-cántabro, pero es evidente que de manera cuantitativa el fenómeno se hace más palmario al oeste del Nalón donde el inventario de castros es también más cuantioso. Con más detalle, en la franja territorial extendida entre los ríos Navia y Eo, de sur a norte desde la cordillera hasta el mar, la notabilidad de los asentamientos fortificados es manifiesta por su ubicación territorialmente preponderante y, en todo caso, por el potencial de sus elementos defensivos, aún notables pese a la vegetación y los sedimentos. El de San Chuis, en Allande, con la elocuencia de la indisimulable sucesión de cinco profundos fosos a continuación de una muralla, es un modelo a destacar de la elección de un enclave privilegiado, hecho seguramente indisociable de su función de

lugar de referencia, acaso de asentamiento vertebrador de los diferentes grupos sociales afincados en la comarca.

Es difícil todavía sustanciar una explicación fundada del porqué de la exuberancia de los castros del occidente astur, pero no es improbable que una parte de la respuesta tenga que ver con las peculiaridades fisiográficas del área, donde el rumbo sur-norte de los cordales de aplanadas líneas de cumbres propicia el tránsito de altura entre las tierras interiores de la Galicia oriental y la Marina cantábrica (de Blas, 1991-1992), obviando la angostura de muchos valles de densa vegetación derivada de las húmedas y frescas condiciones climáticas del subatlántico; del destacado "evento 2700 BP" cuyo origen se explica en la abrupta mengua de la actividad solar (Geel *et alii,* 2000). La aludida turbera de Las Dueñas registra hacia 850-760 cal BC abundancia de alisos, tal vez por la elevación del nivel freático, mientras que la proliferación del hayedo quizá se subordine al clareado del bosque por la acción humana. Las posibles huellas de esa impronta cultural, como los frecuentes incendios, se inducen de la profusión de microfósiles no polínicos (*Sordaria* y *Sporormiella*) de "ecología coprófila" (López-Merino *et alii,* 2006) revelando la presumible envergadura de la economía ganadera.

Es posible reconocer en aquel paisaje de sierras envejecidas y de altos páramos la disponibilidad de pastos abundantes y nutritivos, capaces de potenciar el incremento de la subsistencia pecuaria, acaso con un mayor protagonismo de los bovinos. Del mismo modo que la ampliación a nuevas áreas del terrazgo, a expensas de suelos descansados y la aplicación de técnicas agrícolas más adecuadas (tal vez las hoces metálicas tipo Castropol no sean disociables de una intensificación en los cultivos cerealísticos como el centeno), y de unas constantes climáticas de matizados contrastes, con una acusada tendencia continental en la cuenca alta del Navia frente al predominio de las condiciones oceánicas de la mayor parte de la región.

Lo cierto es que la evidente frecuencia de los recintos castreños en el tercio occidental de Asturias pone de manifiesto una progresiva nucleización del hábitat fortificado (Fig 11), proceso en el que simultáneamente se irían gestando las relaciones jerárquicas entre unos y otros como lógica evolución del juego de equilibrios político-jurisdiccionales.

El proceso se remonta al *floruit* del bronce final en la región, con síntomas cada vez más explícitos. En el poblado de Os castros, en Taramundi (cuenca del Eo), en un episodio datado en los siglos IX y VIII aC tuvo lugar el rebaje y regularización de la meseta roqueña, horizonte que se mantendría como espacio de ocupación hasta tiempos romanos. Al mismo tiempo corresponden diversos hoyos, restos de muros y, acaso de las primeras murallas, además de algún objeto extraordinario como un "colgante bolsiforme" de bronce, tal vez fundido por el sistema de cera perdida, indicios suficientes del episodio fundacional del poblado (Villa *et alii,* 2007).

En tierras más interiores, en la cuenca alta del Navia, el de *Monte Castrelo* (Pelou, en Grandas de Salime) sería otro poblado fundado en las mismas fechas que el de Taramundi (Montes *et alii,* 2010), mientras que en La Marina, a levante de Tapia de Casariego, en un pequeño promontorio en la rasa costera, el castro de El Picón muestra un horizonte de edificaciones a base de materiales corruptibles erigidas a fines de la edad del bronce (Villa, 2007).

En un considerable salto hacia el este, ahora en la cuenca baja del sistema hidrográfico Nalón-Narcea, el recinto amurallado de La Forca (Grado),- destacado en la inmediatez de una importante ruta natural y sin vestigios de la menor ocupación residencial del mismo,- fue explicado como un proyecto inconcluso, acaso del primer tercio del siglo VIII aC (Camino *et alii,* 2009). Si bien cualquier hipótesis tropieza con su manifiesto hermetismo documental, la idea de que La Forca constituyera un centro asambleario, de uso breve y con pautadas distancias temporales entre una y otra convocatoria, nos parece tentadora para la época de reestructuración territorial que venimos atendiendo.

Se ofrece pues como atendible la sospecha de que la génesis de los asentamientos progresivamente fortificados a partir del ciclo epigónico de la edad del bronce radicara en la elección de parajes altos de cierta, o muy acusada en otros, notoriedad topográfica en su espacio, en los que la institucionalización de encuentros o asambleas sociales a la postre desembocara en la conversión de esos ámbitos abiertos en lugares finalmente cerrados con fosos, empalizadas y murallas, dando definitiva notoriedad a su valor inicial de centros de cohesión comunitaria.

Animan particularmente a este enfoque el ya citado castro de San Chuis de Allande, un indiscutible caso de dominio territorial y, aún con mayor pujanza, las circunstancias arqueológicas detalladamente establecidas en el Chao de Samartin (Grandas de Salime), de nuevo en el sector superior del Navia.

Es probable que la muralla primitiva de San Chuis ya existiera hacia 800 aC para conocer el asentamiento una acentuada transformación en la segunda edad del hierro, viniendo a enmascarar su

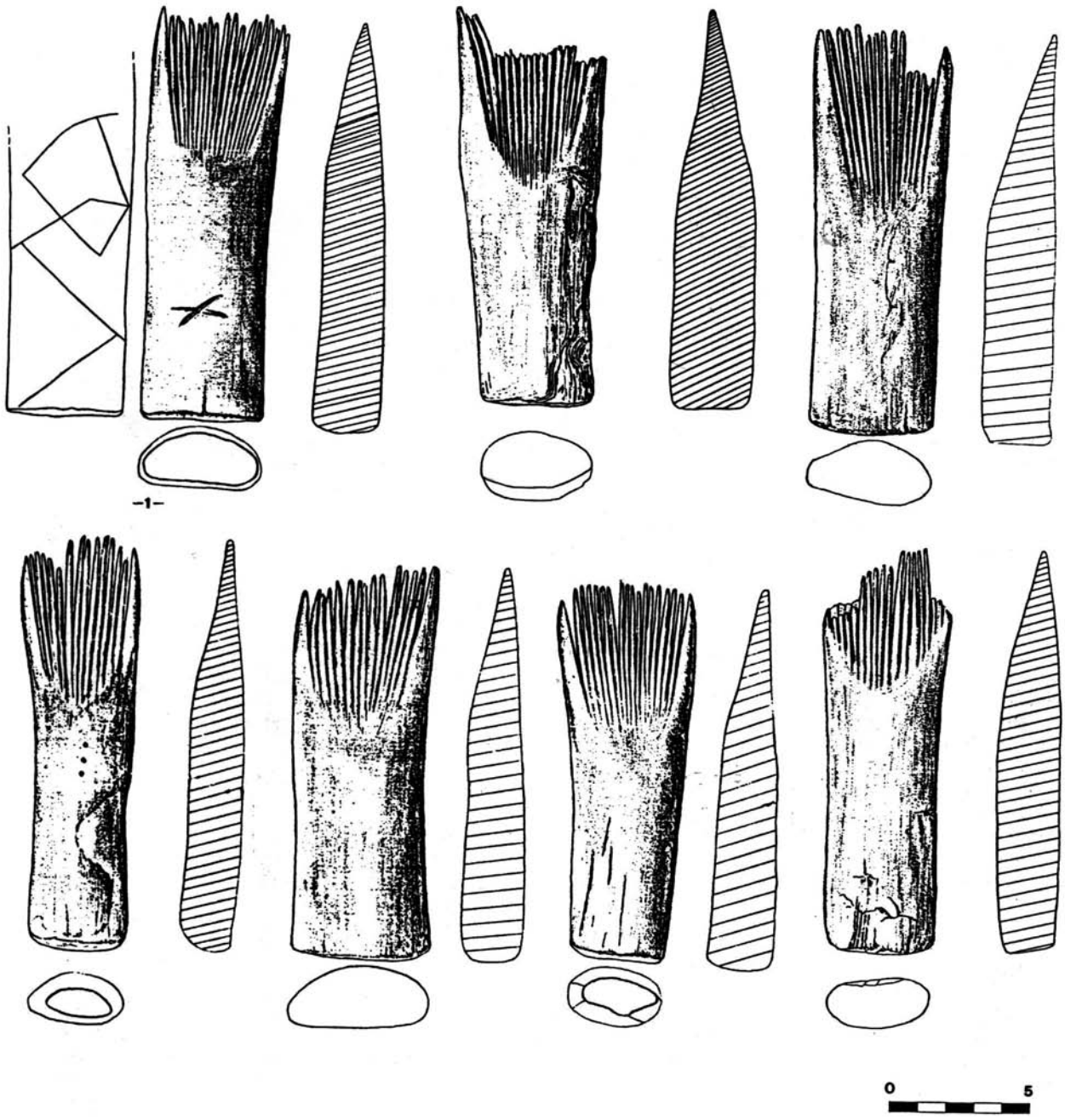

Figura 11. Peines de madera de la Cueva del Aspio, cuenca del Asón, Cantabria (según Serna y otros 1994).

primera época, del mismo modo que recientemente se pudo establecer la hasta entonces ignota antigüedad, también creación del bronce último, de la "acrópolis" del célebre castro de Coaña. En ambos poblados, el análisis preciso de las respectivas secuencias estratigráficas y el apoyo pertinente de las mediciones radiocarbónicas vinieron a poner orden en una situación hasta entonces confusa (Villa, Menéndez, en prensa).

Pero, por encima de vistas fragmentarias, el caudal informativo de Chao Samartin (Fig 12), con una vida que rebasa ampliamente el milenio, dota de solidez a las interpretaciones anteriores. El episodio primordial del castro se expresa con rotundidad mediante la delimitación de una explanada, la "acrópolis", de 2400 metros cuadrados, en cuyo límite occidental culmina un repentino acantilado de remota génesis tectónica. Confina al este esa planicie superior una empalizada a la que se añade en

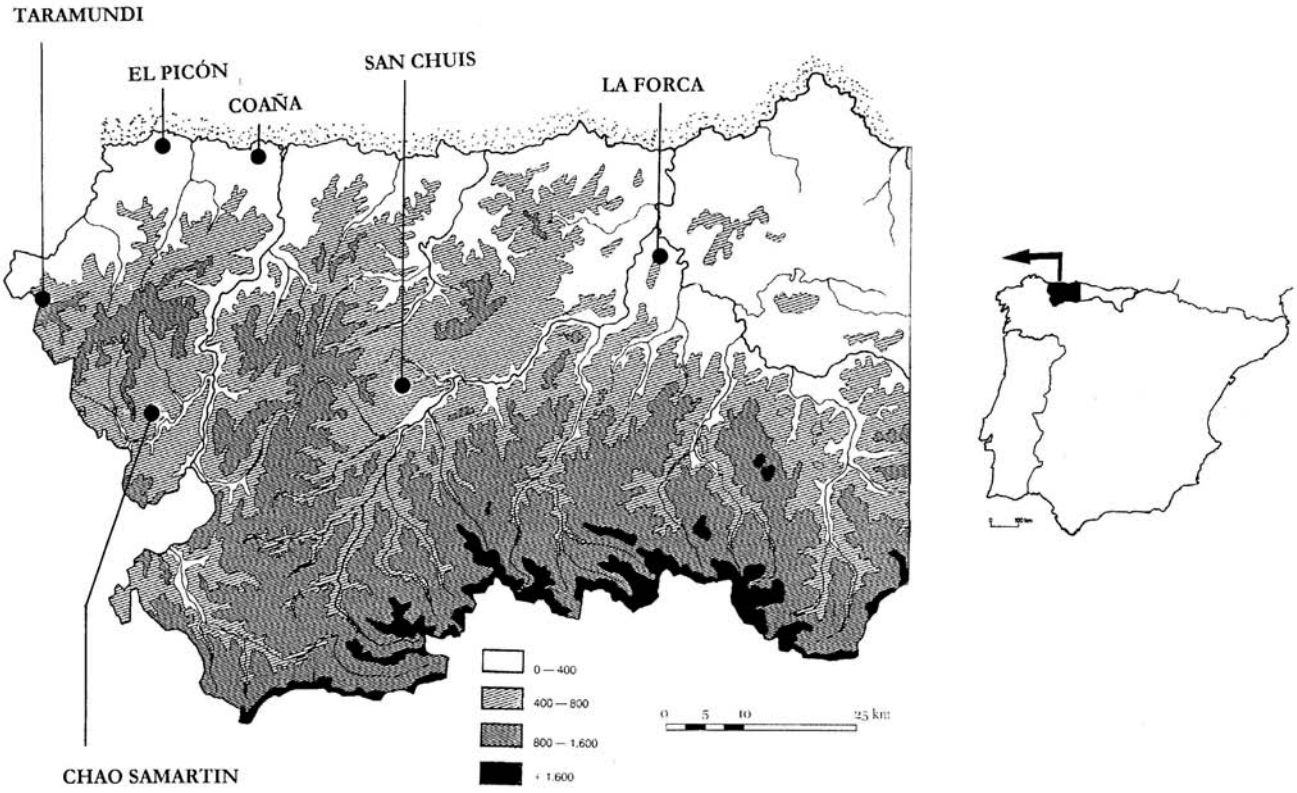

Figura 12. Localización en la Asturias occidental de los castros erigidos en el bronce final y citados en el texto.

el perímetro este y sur una muralla seguida por un foso abierto en la compacta roca madre.

Netamente delimitado el recinto, se ingresaba al mismo a través del vano abierto en el costado meridional del muro defensivo, encaminado al lugar de erección de una gran cabaña rectangular de unos 68 metros cuadrados, solitaria, compuesta por una estructura de postes hincados en el suelo con hoyos y calzos de ajuste; armazón de leños después envuelto por paramentos de mampostería, cuajando un patrón constructivo que, quizá no por azar, era aún realidad no hace mucho en algunos hábitats rurales del noroeste peninsular.

Con no menor protagonismo, se eleva al oeste del pabellón, sobre el precipicio, una excrecencia rocosa a lado de la que se conservaban vestigios de un "área de fuego", siguiendo las formas de combustión arqueológicamente tipificadas (Gascó, 2003, 109). La interconexión roca hoguera pudo ser multiforme, sin que obviemos el hecho de que el peñasco solitario, en posición muy destacada y de llamativa morfología, bien puede reclamar una verosímil calidad simbólica como tantas otras rocas esenciales en la creación y reproducción de las estructuras de poder (Tilley, 1996).

Es congruente esta última observación con el hecho de que el vínculo con la gran cabaña, que nunca constituyó un espacio doméstico *stricto sensu*, fueran recuperadas un asa de sítula de bronce, fragmentos de caldero y, sobre todo, numerosos trozos que permiten reconocer lo que fue un gran disco de láminas unidas con remaches,- del mismo metal aleado que los otros hallazgos-, cuyas dimensiones (1,15 por 1,20 metros y un peso estimado de 15 kilogramos; AAVV, 2009) lo apartan de los escudos de chapa broncínea tan característicos del centro y occidente de Europa durante el bronce final. Negada esa calidad de arma, por tamaño y peso, reforzado en su envés con planchas de madera, resulta un objeto extraordinario, sólo adecuado para una exposición estante, tal vez de intención heráldica.

Estas y otras consideraciones expuestas in extenso tiempo atrás oralmente, y por escrito en unas actas a las que impertinentes avatares vinieron frenando su definitiva salida de la imprenta, nos llevaron a emplear la locución "acrópolis" para tan especial recinto, nítidamente segregado de lo que sería el caserío ordinario, en la idea de que allí se escenificarían tanto el poder socioeconómico, político al cabo, como el religioso (de Blas, Villa, en prensa).

Contribuye a esta percepción del perfil extraordinario del recinto instaurado hacia el 800 aC

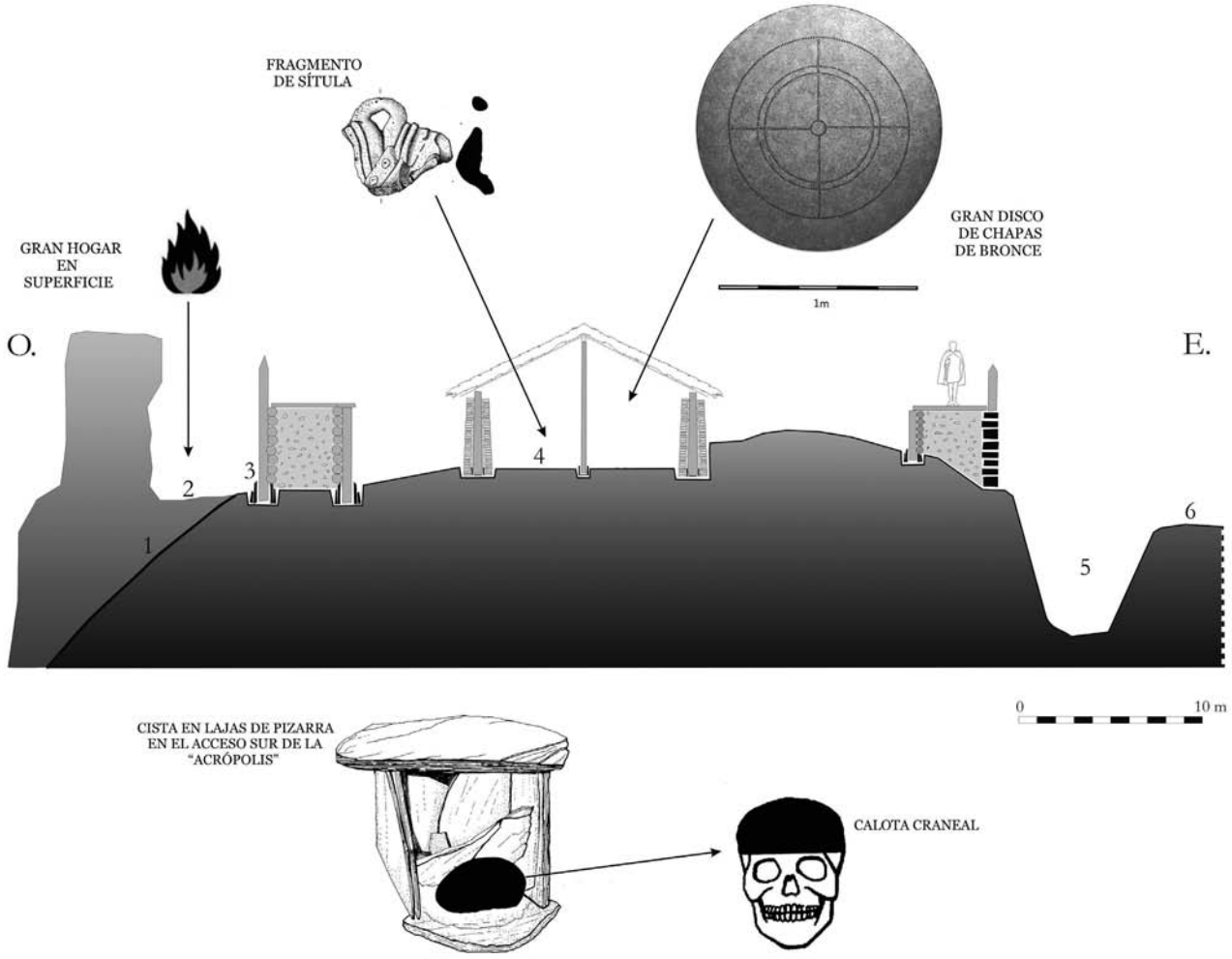

Figura 13. Elementos señalados en la "acrópolis" de Chao Samartin (según Á.Villa Valdés) y cista con cráneo (según M.Á. de Blas).

el hecho de que ante la puerta abierta en su muralla, empotrada en el suelo, se hallara una pequeña cista de lajas de pizarra encerrando la calota craneal de una mujer de quince años. La estampa, en principio luctuosa (Villa, Cabo, 2003), no se contradice con su carácter de reliquia, el despojo esquelético fruto de una intencionada selección. Elegida la cabeza como parte fundamental del cuerpo, entre las opciones aproximativas a su significado, no deberíamos descartar, en especial, su carácter de reliquia (la osamenta ajena a cualquier filiación sexual) y, por ello, su trascendencia en la consagración de un lugar extraordinario, ratificando al tiempo el nexo con generaciones precursoras.

Ciertamente, la dimensión polisémica de la cabeza es indisociable de su papel exclusivo en la expresión oral, cauce de la transmisión de los saberes, de la experiencia y de los mitos originarios de una sociedad. Hubo de actuar, en consecuencia, de puente esencial en la comunicación con los antepasados y como tangible patrimonio espiritual.

Es verosímil, en suma, que el cráneo sin rostro, al fin y al cabo las reliquias podían subdividirse infinitamente sin que cada fragmento perdiera sus poderes (Barley, 2000, 274)-, alumbre el acto fundacional del lugar, como testigo de la comunión y continuidad con los antecesores de quienes se reclama protección. Acaso, también, su posición en el umbral de la acrópolis, en el punto más vulnerable de la misma, tuviera que ver con la aplicación, tan extendida como intemporal, de filtros simbólicos en el tránsito del espacio común, social, a otro especial y restringido (Humphrey, Vitebsky, 1997, 128-133).

El hecho de que hacia 761- 679 cal BC fuera destruida la acrópolis no impidió la expansión en su periferia del castro, dotado de muralla y un potente foso. ¿Cambio de poder político o conflicto intestino? Lo cierto es que a partir de entonces, a lo largo

de los siglos VIII a VI aC, los poblados con patentes estructuras de fortificación menudean ya también en la Asturias central, circunstancias concurrentes en la Campa Torres, Gijón (Maya, Cuesta, 2001), o en los castros del Campón de Olivar y Castillo de Camoca, en la ría de Villaviciosa (Camino, 1999).

Tras la rarefacción del fenómeno castreño en la Asturias oriental, volverá manifestarse en el territorio de la actual Cantabria con la justa diversidad de asentamientos en contraste; desde los de pequeñas proporciones en el ámbito costero a aquellos más extensos, de cuatro a diez hectáreas de superficie, en los valles norteños de la región (Fernández *et alii,* 2003). Sin embargo, en la mayoría son aún inciertos su ascendencia y apogeo, aunque, como sucede con el de La Garma, con sus primeras edificaciones de los siglos VII-VI aC (Arias *et alii,* 2010), bastantes de los más estratégicos y de mayor dominio territorial es de esperar que hundan sus raíces, como los señalados en Asturias, en el ocaso de la edad del bronce.

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO-GORBEA, M. (1973): *La espada de Santiago*. Cuadernos de Estudios Gallegos XXVIII, pp. 70-79.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1976): *La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de las espadas del bronce en el norte de la Península Ibérica*. XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses. Tomo III, pp. 455-477. Santander.

ARIAS, P., ONTAÑÓN, R. (1999): *Excavaciones arqueológicas en la cueva de Arangas (1995-1998). Las ocupaciones de la edad del bronce*. Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-98. Principado de Asturias. Consejería de Cultura, pp. 75-88. Oviedo.

ARIAS, P., ONTAÑÓN, R., CEPEDA, J. J., PEREDA, E., CUETO, M. (2010): *Castro de El Alto de la Garma (Omoño, Ribamontán al Monte)*. En SERNA, MARTÍNEZ, FERNÁNDEZ, (Coord.). Castros y castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la edad del hierro a las guerras con Roma, pp. 503-514. Acanto. Santander.

ARIAS, P., ONTAÑÓN, R., POLANCO, J. A., SETIÉN, J., ROVIRA, S., MONTERO, I. (2005): *Aproximación a la tecnología metalúrgica durante el Calcolítico y la edad del bronce de Cantabria*. II Encuentro de Historia de Cantabria. T. I. Parlamento de Cantabria/Universidad de Cantabria, pp. 53-71.

BALBÍN, R. DE, BUENO, P. (1993): *Répresentations anthropomorphes mégalithiques au centre de la Péninsule Ibérique*. A. Briard y A. Duval, (dir): Les representasions humaines du Néolithique à l'Age du Fer. Editions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques. Paris, pp.. 45-56.

BARCLAY, A., HALPIN, C. (1998): *Excavations at Barrow Hills, Radley, Oxfordshire.* Vol. I. Oxford Archaeological Unit. Thames Valley Landscapes Volume 11.

BARLEY, N. (2000): *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte.* Ediciones Anagrama. Barcelona.

BARROSO, R., CAMINO, J., BUENO, P., DE BALBIN, R., TRANCHO, G., ROBLEDO, B. (2008): *Contribución al patrón alimenticio y de actividad de las poblaciones del Norte peninsular. Fuentenegroso, Asturias*. Munibe (Antropología-Arkeología), 59, pp. 171-185. Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastian.

BRANDHERM, D. (2003): *Die Dolche und Stabdolche der Steinkupfer- und der älteren Bronzezeit auf der Iberischen Halbinsel.* Prähistorische Bronzefunde. Ab. VI, 12.Band. Franz Steiner Verlag Stuttgart.

BRANDHERM, D. (2007): *Las espadas del bronce final en la Península Ibérica y Baleares.* Prähistorische Bronzefunde. Abt. IV. Band 16. Stuttgart. Franz Steiner Verlag.

BUENO, P.; PIÑÓN, F., PRADOS, L. (1985): *Excavaciones en el collado de Sejos (Valle de Polaciones, Santander). Campaña de 1982*. Noticiario Arqueológico Hispánico, 22, pp. 27-53. Madrid.

CALLAGHAN R., SCARRE, Ch. (2009): *Simulating the Western Seaways*. Oxford Journal of Archaeology, 28 (4), pp. 357- 372.

CAMINO, J. (1999): *Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas*. Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98. Principado de Asturias, pp. 151-161. Oviedo.

CAMINO, J., ESTRADA, R., VINIEGRA, Y. (2009): *El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado*. Trabajos de Prehistoria, 66, 1, pp. 145-159. Madrid.

CAMPILLO, J. (2004): *Dos sortijas cubrededos de oro halladas en el túmulo campaniforme de Tablada del Rudrón (Burgos).* Kobie (Serie Anejos), 6, vol. 1, pp. 257-268. Bilbao.

CATALINA, J. DE (1903): *Inventario de las antigüedades y objetos de arte que posee la real*

Academia de la Historia. Madrid. Establecimiento tipográfico de Fortanet.

CLARK, P. (2004): *The Dover Bronze Age Boat.* (ed.) English Heritage at the National Monuments Record Centre.

DE BLAS, M. A. (1991-1992): *Nuevos testimonios metalúrgicos de la edad del bronce en el centro-occidente de la Región Cantábrica*. Veleia. Revista de Prehistoria, Historia Antigua, Arqueología y Filología Clásicas, 8-9, pp. 109-137. Universidad del País Vasco.

DE BLAS, M. A. (1994): *El anillo áureo de tiras de la Mata'l Casare I y su localización megalítica*. Madrider Mitteilungen, 35, pp. 107-123. Deutsches Archäeologisches Institut. Verlag Philipp von Zabern. Mainz.

DE BLAS, M. A. (2007): *Los calderos de Lois (León) y Cabárceno (Cantabria) y su paradero subterráneo: ¿azar u oblación a la tierra*?. En CELIS, DELIBES, FERNÁNDEZ, GRAU (eds.). El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del bronce final atlántico en la península ibérica*.* Museo de León. Estudios y catálogos, 17, pp. 239-256. Junta de Castilla y León y Diputación Provincial de León.

DE BLAS, M. A. (2007-2008): *Minería prehistórica del cobre en el reborde septentrional de los Picos de Europa: las olvidadas labores de "El Milagro" (Onís, Asturias)*. Veleia. Revista de Prehistoria, Historia Antigua, Arqueología y Filología Clásicas, 24-25, pp. 723-753. Homenaje al Profesor Ignacio Barandiaran Maeztu. Universidad del País Vasco. Instituto de Ciencias de la Antigüedad.

DE BLAS, M. A. (1975): *Un probable depósito del bronce final en Pruneda (Asturias)*. Sautuola I. Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander. XIV, pp. 135-147.

DE BLAS, M. A. (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias.* Estudios de Arqueología Asturiana, 1. Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias. Consejería de Cultura del Principado de Asturias.

DE BLAS, M. A. (1993): *El Monte Areo, la Llaguna de Niévares y La Cobertoria: tres espacios funerarios para la comprensión del complejo cultural megalítico en el centro de Asturias*. En 1º Congresso de Arqueología Peninsular. Actas II. Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología, pp. 163-184. Porto.

DE BLAS, M. A. (1996): *Espacio funerario - espacio económico: las sugerencias de la industria lítica en el entorno de un dolmen de montaña*. Humanitats. Estudios en homaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real. Tomo I, pp. 125-150. Facultade de Xeografía e Historia. Universidade de Santiago de Compostela.

DE BLAS, M. A. (1999): *Asturias y Cantabria*. En DELIBES, MONTERO (coords.). Las primeras etapas metalúrgicas en la península Ibérica. II. Estudios regionales. Instituto universitario Ortega y Gasset. Fundación Ortega y Gasset y Ministerio de Educación y Cultura, pp. 41-62. Madrid.

DE BLAS, M. A. (2003): *Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el norte de la península ibérica*. En BALBÍN, BUENO (eds.). El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI. Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella, pp. 391-417. Amigos de Ribadesella-Cajastur - Ministerio de Ciencia y Tecnología - Real Instituto de Estudios Asturianos.

DE BLAS, M. A. (2005-2006): *Huellas de actividad prehistórica en un medio montañoso extremo: en torno a una Palmela en la Garganta del Cares, Picos de Europa, Asturias*. Homenaje a Jesús Altuna. Munibe, 57, pp. 287-299. San Sebastián.

DE BLAS, M. A. (2006): *La arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos prehistóricos sin cámaras convencionales en Asturias*. Zéphyrus, 59, 2006, pp. 233-255. Universidad de Salamanca,

DE BLAS, M. A., LÓPEZ-ÁLVAREZ, J. (2001): *Sobre la búsqueda tradicional de oro en yacimientos arqueológicos y noticia de un probable tesoro prehistórico en tierras de Grado en el siglo XVI.* Ástura. Nuevos cartafueyos d' Asturies, 11, pp. 9-16. Oviedo.

DE BLAS, M. A., VILLA VALDÉS, A. (—b), *La acrópolis del Chao Samartin: un ejemplo de capitalidad a fines de la edad del bronce en la cuenca alta del río Navia*. La génesis del hábitat fortificado en el norte peninsular: los castros en el tránsito de la edad del bronce a la edad del hierro. II Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia. Oviedo.

DE BLAS, M. A., VILLA-VALDÉS, A. (— a): *Del objeto aislado (ocultación económica o vestigio ritual) al hábitat fortificado: hacia un nuevo panorama del bronce final en la fachada marítima del norte peninsular*. La génesis del hábitat fortificado en el norte peninsular: los castros en el tránsito de la edad del bronce a la edad del hierro. II Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia. Oviedo.

DE LA PEÑA-SANTOS, A. (1985): *Neue Bronzezeitliche Funde im Museo Provincial von*

Pontevedra. Madrider Mitteilungen, 26, pp. 2-28. Madrid.

DELIBES DE CASTRO, G., DEL VAL, J. Mª. (2004/2005): *Espiraliformes de plata de la cueva de la Vaquera (Segovia): un probable conjunto votivo de los inicios de la edad del bronce*. Munibe, 57, Vol. II, pp. 301-313.

DELIBES, G., AVELLO, J. L., ROJO, M.A. (1982): *Espadas del bronce Antiguo y Medio halladas en la provincia de León*. Zéphyrus, XXXIV-XXXV, pp. 153-163. Universidad de Salamanca.

DICKINSON, O. (2010): *El Egeo. De la edad del bronce a la edad del* hierro. Bellaterra-Arqueología. Barcelona.

DUPRÉ, M. (1988): *Palinología y Paleoambiente*. *Nuevos datos españoles. Referencias.* S.I.P. y Universidad de Valencia.

EOGAN, G. (1994): *The Accomplished Art: Gold and gold-working in Britain and Ireland during the Bronze Age (c. 2300-650 BC)*. Oxbow Monographs, 42. Oxford.

FÁBREGAS, R., MARTÍNEZ, A., BLANCO, R., CHESWORTH, W. (2003): *Environmental change and social dynamics in the second-third millennium BC in NW Iberia*. Journal of Archaeological Science, 30 (7), pp. 858- 871.

FERNÁNDEZ, F., PERALTA, E., AYLLÓN, R. (2003): *El hábitat castreño en la Cantabria litoral: el castro de castillo (Prellezo, Val de San Vicente)*. C.A.E.A.P. 25 años de investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de Cantabria, pp. 161-172. Santander.

FERNÁNDEZ-MANZANO, J. (1986): *Bronce final en la Meseta norte española: el utillaje metálico.* Investigaciones arqueológicas en Castilla y León. Monografías. Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura.

FERNÁNDEZ-MANZANO, J., GUERRA, E. (2003): *El caldero de Cabárceno*. En Fernández, Ruiz (ed) La Arqueología de la Bahía de Santander. Tomo I. Fundación Marcelino Botín, pp. 335-349. Santander.

GASCÓ, J. (2003): *Contribution pour une proposition de vocabulaire des structures de combustion*. En FRÈRE, SAUTOT (dir). Le feu domestique et ses structures au Néolithique et aux Âges des Métaux. Actes du Colloque de Bourg-en Bresse et Beaune, 7-8 octobre 2000. Éditions Monique Mergoil, pp. 109-112. Montagnac.

GELL, B. VAN, HEUSSER, C. J., RENSSEN, H. Y SCHUURMANS, C. J. E. (2000): *Climatic change in Chile at around 2700 BP and global evidence for solar forcing: a hypothesis*. The Holocene 10, 5, pp. 659 - 664.

GÓMEZ-MORENO, M. (1949): *Sobre lo argárico granadino*. Misceláneas. Historia-Arte Arqueología. Primera serie. La Antigüedad. Instituto Diego Velázquez, CSIC:, págs 337-342.

GRAELLS , R., BALSERA, R., SARDÁ, S. (2008): *Rellegint la Cova de la Font Major. Un santuari en cova protohistòric al curs alt del Francolí*. Pyrenae, 39, vol.1, págs 45-66. Barcelona.

GUILAINE, J. (2009): *Avant-propos*. En GUILAINE (dir). Sépultures et sociétés. Du Néolithique à l' Histoire. Éditions Errance. Paris.

HARRISON, R. J., CRADDOCK, P. T. (1981): *A Study of the Bronze Age Metalwork from the Iberian Peninsula in the Bristish Museum*. Ampurias, 43, pp. 113-179. Barcelona.

HUGHES, M. J. (1981): *Report on the Scientific Examination of the Bronze Palstave (nº 80) from Oviedo, Spain*. En HARRISON, CRADDOCK. A Study of the Bronze Age Metalwork from the Iberian Peninsula in the Bristish Museum. Ampurias, 43, pp. 152-155. Barcelona.

HUMPHREY, C., VITEBSKY, P. (1997): *Sacred Architecture.* Duncan Baird Publishers Ltd ed. castellana Taschen GmbH , Köln 2002.

IRIARTE, Mª. J., ZAPATA, L. (2004): *La adopción de la economía de producción: la aportación de la arqueobotánica*. Kobie (Serie Anejos), 6, vol. 1, pp. 203-216. Bilbao.

JORGE-ARAGONESES, M. (1953): *Hacia una sistematización de la edad del bronce en la actual provincia de Santander*. Revista de Altamira, 1-2-3, pp. 242-282. Santander.

LÓPEZ-ÁLVAREZ, X. (1994): *Las abejas, la miel y la cera en la sociedad tradicional asturiana.* Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.

LÓPEZ-MERINO, L., LÓPEZ-SÁEZ, J. A., LÓPEZ-GARCÍA, P. (2006): *Estudio palinológico de la turbera litoral, holocena de Las Dueñas (Cudillero, Asturias, España*). Revista Española de Micropaleontología, 38 (2-3), pp. 299-308. Instituto Geológico y Minero de España.

LÓPEZ-MERINO, L., MARTÍNEZ-CORIZAS, A., LÓPEZ-SÁEZ, J. A. (2010): *Early agriculture and palaeoenvironmental history in the North of the Iberian Peninsula: a multi-proxy analysis of the Monte Areo mire (Asturias, Sapin)*. Journal of Archaeological Science, 37, pp. 1978-1988.

LÓPEZ-SÁEZ, J. A., LÓPEZ-GARCÍA, P., LÓPEZ-MERINO, L. (2006): *El impacto humano en la Cordillera Cantábrica: estudios palinológicos*

durante el Holoceno. Zona Arqueológica, 7, pp. 3-11.

MAYA, J. L, CUESTA, F. (2001): *Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La campa Torres*. En MAYA, CUESTA, (eds). El castro de La Campa Torres. Período prerromano. TP Editorial, pp. 11-277. Gijón.

MOHEN, J. P. (1978): *Moules en bronze de l´Age du Bronze*. Antiquités Nacionales, 10, 23-32.

MONTES, R., HEVIA, S., VILLA, A. (2010): *Monte Castrelo de Pelóu: un asitiamientu prehistóricu de llarga perduración en Grandas de Salime. L' ocasu del paradigma castreñu d' aniciu romanu n' Asturies*. Asturies. Memoria encesa d'un pais, 30, pp. 4-27.

MUJIKA, J. A., PEÑALVER, X., TARRIÑO, A., TELLERIA, E. (2009): *Halterreka (Gipúzcoa): un asentamiento del bronce antiguo al aire libre en un medio de montaña*. Kobie (Serie Paleoantropologia), XXVIII, pp. 89-120. Bilbao.

MUÑOZ-FERNÁNDEZ, E. C., SAN MIGUEL, C., C.A.E.A.P. (1987): *Carta Arqueológica de Cantabria.* Ed. Tantin. Santander.

NEEDHAM, S. (2000): *The development of embossed goldwork in Bronze Age Europe*. The Antiquaires Journal, 80, pp. 28-65. London.

ONTAÑÓN, R. (1995): *El yacimiento de "El Castro" (Hinojedo, Suances). Informe preliminar de excavación y estudio de sus industrias*. Trabajos de Arqueología en Cantabria III. Monografías arqueológicas, 6, pp. 145 y ss.

RINCÓN, S. (1895): *Las culturas del metal*. En GARCIA GUINEA (dir.). Historia General de Cantabria-Prehistoria. Edades Antigua y Media. Estudio, pp. 113-209. Santander.

ROBERTS, B., OTTAWAY, B. S. (2003): *The use and significance of socketed axes during the Late Bronze Age*. European Journal of Archaeology. Vol 6 (2), pp. 119-140.

ROUSSOT-LARROQUE, J. (1984): *Les relations Aquitanie-Isles Britanniques au Bronze Ancien*. Les relations entre le continent et les Isles Britanniques a l´Age du Bronze. Actes du Colloque du Bronze de Lille (l984). R.A.P./ S.P.F., pp. 17-56.

RUIZ-COBO, J., SMITH, P. (2001): *The Archaeology of the Matienzo Depression. North Spain.* British Archaeological Reports. International Series, 975. Archaeopress. Oxford.

SARO, J. A., TEIRA, L. C. (1992): *El ídolo del Hoyo de la Gándara (Rionansa) y la cronología de los ídolos antropomorfos en la Cornisa Cantábrica*. Trabajos de Prehistoria, vol. 49, pp. 347-355. Madrid.

SERNA, A., MALPELO, B., MUÑOZ, E., BOHIGAS, R., SMITH, P., GARCIA, M. (1994): *La Cueva del Aspio (Ruesga, Cantabria): avance al estudio del yacimiento*. Homenaje al Dr. Joaquín González Echegaray. Museo y centro de investigaciones de Altamira. Monografías, 17, pp. 369-396. Ministerio de Cultura.

SERNA-GONZÁLEZ, M. R. (1983-1984): *El puñal de Hinojedo (Santander) y algunas consideraciones sobre la edad del bronce en Cantabria*. Pyrenae, 19-20, pp. 261-269. Salamanca.

SIRET, E., SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del metal en el sudeste de España.* Barcelona.

SUÁREZ, J., FÁBREGAS, R. (2000): *O neolítico en Galicia. Estado da cuestión*. Neoloitizaçao e megalitismo da Península Ibérica. Actas del 3º Congresso de Arqueología Peninsular. Vol 3, pp. 135-147.

TEIRA, L. C., ONTAÑÓN, R. (1997): *Nuevas manifestaciones de arte esquemático en la comarca de Monte Hijedo (Burgos-Cantabria)*. En BALBIN, BUENO, (eds.). II Congreso de Arqueología Peninsular .Tomo II. Fundación Rei Afonso Henriques, pp. 569-578. Zamora.

TILLEY, C. (1996): *The powers of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor*. World Archaeology, vol. 28 (2): pp. 161-176.

VAN DER NORT, R. (2006): *Argonauths of the North Sea. A social maritime archaeology for the 2nd millennium B.C*. Proceedings of the Prehistoric Society, 72, pp. 267-287.

VILLA, A. (2007): *El castro de El Picón (La Coroza, Tapia de Casariego): un poblado fortificado de la edad del bronce en La Marina occidental asturiana*. Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002. Principado de Asturias, págs 277-281. Oviedo.

VILLA, A. (2009): *Disco de planchas metálicas*. En VILLA (ed.). Museo Castro de Chao Samartin. Grandas de Salime, Asturias. Catálogo. Consejería de Cultura y Turismo. Principado de Asturas, 142 pp.

VILLA, A., CABO, L. (2003): *Depósito funerario y recinto fortificado de la edad del bronce en el castro del Chao Samartin: argumentos para su datación*. Trabajos de Prehistoria, Vol. 60, 2, pp.143-151. Madrid.

VILLA, A., MENÉNDEZ, A. (—): *Estudio cronoestratigráfico de las murallas del castro de San Chuis, en San Martin de Beduledo (Allande, Asturias)*. Real Boletín del Instituto de Estudios Asturianos.

VILLA, A., MENÉNDEZ, A., FANJUL, J. A., (2007): *Excavaciones arqueológicas en el poblado fortificado de Os castros, en Taramundi*. Excavaciones arqueológicas en Asturias 1999-2002. Principado de Asturias, pp. 265-275. Oviedo.

ZAPATA, L., (1999): *El combustible y la agricultura prehistórica. Estudio arqueobotánico de los yacimientos de Arenaza, Kanpanoste Goikoa y Kobaederra*. Isturitz, 10, pp. 305-337.